

La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 14 DE NOVIEMBRE DE 1898

Núm. 881



CAMINO DE SEVILLA, cuadro de Ulpiano Checa

ADVERTENCIAS

Con el próximo número repartiremos el cuarto tomo de la presente serie de la «Biblioteca Universal», que será el segundo de la interesante obra «Napoleón III.» de Imbert de Saint-Amand, que tan excelente acogida ha tenido por parte de nuestros suscriptores y que tantos elogios ha merecido de la prensa.

* *

Nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores sobre el notable artículo «Las dos lámparas» del eminente escritor D. José de Echegaray, que publicamos en la página 742 del presente número.

* *

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN
PRÍNCIPE DE BISMARCK

Dentro de pocos días pondremos á la venta la edición española de esta obra, acerca de cuya importancia sólo hemos de decir que toda ella ha sido escrita y varias veces revisada por el propio príncipe de Bismarck. Nuestra casa editorial ha adquirido el derecho exclusivo de la traducción española de este libro excepcionalmente interesante y esperado con verdadera impaciencia, que se publicará simultáneamente con la edición original alemana.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Menestra*, por Emilia Pardo Bazán. — *El general D. Justo José de Urquiza*, por Justo Solsona. — *Genio para casa*, por Eduardo de Palacio. — *Salto atrás*, por A. Sánchez Pérez. — *Viaje del emperador de Alemania á Palestina*. — *Llegada á Lyon del capitán Baratier y á Londres del sirdar Kitchener*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *Las dos lámparas*, por José Echegaray. — *Torpederos eléctricos*. — *La nueva escafandra Bouchanan-Gordon*.

Grabados.—*Camino de Sevilla*, cuadro de Ulpiano Checa. — *D. Justo José de Urquiza*, primer presidente de la Confederación Argentina. — *Los desposorios de la muerte*, bajo relieve de Leonardo Bistolfi. — *El ejército chileno*, grupo de ocho grabados. — *Viaje del emperador de Alemania á Palestina*. — *Cúpula é interior de la iglesia del Santo Sepulcro y puerta de la misma*. — *Campamento imperial en las inmediaciones de Jerusalén*. — *Cuestión de Fachoda*. — *Llegada del capitán francés Baratier á Lyon y del sirdar Kitchener á Londres*. — *¡Toma, tontuelo!*, cuadro de A. J. Elseley. — *Oficial del siglo XVI*, cuadro de Meissonier. — *Espada de honor regalada al sirdar Kitchener*. — *C. Dupuy*, presidente del nuevo gabinete francés. — *Las dos lámparas*. — *La nueva escafandra Bouchanan-Gordon*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MENESTRA

Desde que hay censura militar y rigurosa, me han entrado unas ganas vivísimas de hablar de todo cuanto á la censura puede indigestarse; porque así es la humanidad, y así será hasta que, por acabarse al planeta el calórico ó el ázoe, ó el agua ó el aire, desaparezcan de su superficie los últimos restos de nuestra casta. Reprimo, pues, trabajosamente los impulsos de meterme en vedado, y ya que nos obligan á callar lo presente y actual, hablemos de lo eterno: hablemos, ponga por caso, de las benditas Animas del Purgatorio.

¿Creéis que tal asunto es más adecuado para un libro de devoción que para una crónica? Por mi parte, entiendo que en la crónica todo encaja bien: sus dominios abarcan la inmensidad de la vida, y no únicamente la vida social, que al fin es una mínima parte de la vida propiamente dicha, y sólo corresponde á su exterioridad. Mas, aun cuando limitásemos el terreno de la crónica acotándolo donde terminan las costumbres, siempre estarían dentro de la crónica, y sin violencia, las benditas ánimas. Su devoción, que á decir verdad va entibiándose un poco, ha sido y es todavía de las más acendradas y fervientes. En ella se enlazan dos sentimientos: la gran solidaridad que estableció el cristianismo, y la supervivencia del afecto á las personas queridas. Los vivos prestan ayuda á los muertos, con oraciones, sufragios, limosnas, penitencias, mortificaciones y otras buenas obras *satisfactorias*; he aquí la solidaridad de los que une la misma fe. Entre los muertos hay *ánimas* especialmente amadas: á esas puede socorrerlas el vivo de un modo especial también. No es necesario que los sufragios se apliquen á la masa: cabe aplicarlos por los individuos que nos importan. Dogma tan consolador, tan humano, tenía que penetrar en los corazones, en la fantasía, en la voluntad.

Quitado el purgatorio, la existencia de ultratumba

se desvanece como un sueño. El cielo se aleja, el infierno se sepulta en lóbregas profundidades; los deseos, las energías del mortal no llegan ni á la mansión de la bienaventuranza ni á la de la perdición eterna: todas las lágrimas, todos los gemidos de los vivientes no alcanzan á acrecer en un átomo la gloria infinita ni la infinita condenación. Mediante el purgatorio, la muerte separa menos; en el destino de las ánimas siguen influyendo los vivos que no las olvidan. Siempre me ha extrañado que algunos por otra parte creyentes en la inmortalidad no comprendan el purgatorio.

En las creencias populares tiene cariñosa acogida *el ánima en pena*. Al través del gemido del viento, piensan oír sus quejas prolongadas y sobrenaturales. La bruma invernal, que se alza del valle al anochecer, es la figura del ánima, envuelta en su mortaja todavía. Las mujerucas de la aldea consideran al ánima en pena un numen benéfico, y creen á puño cerrado que puede guiarlas al escondrijo en que se oculta un tesoro. No hay iglesia, ni la más pobre, que no tenga su cepillo de ánimas, donde la piedad va depositando óbolos humildes, limosnitas para aliviar los sufrimientos de los que podemos llamar *corrigendos del otro mundo*. Por cierto que el cepillo de las ánimas me proporcionó ocasión de observar un detalle asaz curioso. Uno de mis tíos maternos, don Santiago Piñero, general de artillería por más señas y grande amigo de la famosa y discreta condesa del Campo de Alange, fué el más encarnizado numismático que ha existido en España. Su afición á reunir ochavos viejos le hizo correr mil aventuras por poblachones y despoblados, y sus tiberios por un Tiberio de oro, ó sea un *áureo de Tiberio*, para decirlo correctamente, jamás se borran de mi memoria. Ahora bien: la mayor parte de los hallazgos felices de mi tío (en el ramo de cobre y plata, por supuesto), procedieron del cepillo de las ánimas. Ninguno de los remaneros en que se detiene la moneda ofreció al fanático coleccionista tan deliciosas sorpresas, tan inefables emociones, como el bendito cepillo. Comparado con él, era paja la hortería de las tiendas de ultramarinos, el mugriento cajón de las tabernas, el repleto calcetín del labriego ahorrador, el peto del niño, la alcancía de la vieja. En todos estos rincón-cillos donde la pecunia se detiene más ó menos tiempo, se encontraban á veces ejemplares interesantes — grandes bronceos romanos, pesetas felipeñas, ochavos morunos; — pero la flor de la canela, las más auténticas antiguallas, la moneda de la Edad media española, las rarezas celtibéricas, coloniales y municipales, en el cepillo de las ánimas se habían de pescar. ¿Es que la compasión y la devoción no consiguen nunca desterrar el cálculo y el egoísmo, y que las personas más dispuestas á socorrer á las ánimas rebuscan, con tacañería pueril, el más roñoso ochavo para ofrecerlo á las pobres almas cuyos huesos calcina el fuego del purgatorio? ¿Es que las costumbres tradicionales llevan en sí la imposición del objeto tradicional también, y que el pagar un bock de cerveza con moneda reluciente y de nuevo cuño es tan lógico como echar al cepillo de las ánimas la rancia peseta de flechas y yugo ó la blanca pedreña? No acierto á resolver esta duda. Lo que sé es que actualmente anda todo tan rebuscado y esquilmo, que ni en el cepillo aparecen más que los vulgares y odiosos *perros chicos y grandes*.

Creo que no podrá decir la censura que no me mantengo en los límites de lo más permitido é inofensivo. A buen seguro que tachen algo en estas crónicas, ni en ningún escrito mío, desde que vivimos bajo una legislación parecida á la célebre del *caviar* en Rusia. ¿Saben ustedes lo que era el tal *caviar*? Unas grandes plastas de tinta ó de negro humo, que en la frontera aplicaban los policías á los artículos de periódico ó á las páginas de libro que no juzgaban oportuno que leyesen los súbditos del autócrata. Así, con negro antifaz, entraba la prensa y entraba la palabra escrita en aquella inmensa nación. Dije *entraban*, y no estoy segura de que no sigan entrando: sospecho que todavía se mantendrá la vigilancia rigurosa, aunque hayan desaparecido ciertas formas excesivamente tiránicas que irritaban y que provocaron las tremendas represalias nihilistas. Y — es preciso no alterar nunca la verdad de los hechos — el sistema restrictivo empleado en Rusia no impide que sea este vasto imperio, amén de poderoso, uno de los más intelectuales, adelantados y simpáticos países del mundo. Ahora que se estila alabar las instituciones de los Estados Unidos, á mí me cae más en gracia ensalzar á Rusia. ¿Ha sido de Washington ó ha sido de San Petersburgo de donde salió la voz pacificadora, la que aboga por el desarme universal? ¿Es en Washington ó en San Petersburgo donde se rinde homenaje, no á un caudillo triunfa-

dor ni á un inventor de máquinas mortíferas, sino á un escritor, excelso artista, pero también ferviente revolucionario, el conde León Tolstoy? Hace años que confío en Rusia para asegurar el porvenir de Europa y contener á los mahometanos, que son muy poéticos vistos en grabados, acuarelas y *terra-cottas*, pero que son una peste para la civilización del mundo. La civilización tanto da que la impulse un autócrata indiscutible, como un presidente de república ó un rey irresponsable y constitucional. Hágase el milagro y hágalo el diablo, diría si no me pareciese asaz irrespetuoso.

A propósito de civilización, leo en los periódicos un sucedido pintoresco hasta lo sumo, y que merecería no caer en el olvido, donde diariamente van á sepultarse tantas cosas. Trátase de un español que apostó, no como D. Juan Tenorio que seduciría á una novicia y soplaría la dama á un amigo, sino que se zamparía una ración entera de pienso — su paja y su cebada, sin beber, que tampoco las caballerías beben hasta que han dejado el pesebre limpio como una patena. — Quien tal apuesta, tal realiza; nuestro héroe se tragó en efecto la paja hasta la última brizna y la cebada hasta el postrer grano. Borraco que pensase aprovechar las migajas del banquete, buen chasco se lleva. El síntoma de que á los españoles empiece á despertarse la afición á esta clase de alimentos, no deja de ser algo significativo; parece indicar sospechas y celos de que, al paso que vamos, sea preciso recurrir á ellos muy en breve, si ya no es que hasta eso nos falte, y nos veamos reducidos, en tiempo de paz, á los arbitrios que para engañar el hambre usaron en tiempo de guerra los heroicos sitiados de Calahorra, Gerona y otras ciudades gloriosísimas. Lo que no tiene tan fácil explicación es que al aspirante á cuadrúpedo le hayan preso, igual que si fuese reo de algún delito, ó de una mera infracción á las ordenanzas municipales. «¿Qué ley, qué pragmática prohíbe sustentarse con pienso?» preguntará asombrado el de la apuesta. «¿Es más criminal, verbigracia, comer paja que comerse los fondos H ó B? ¿No es peor comerse á la patria por un costado?» Y en cuanto á las tendencias de animalidad que el hecho descubre, ¿qué tienen de censurables en esta época de nuestra historia? ¿No dijo Miguel Angel, por la boca muda de una de sus más sublimes creaciones, que hay horas tristes en que agrada y conviene ser de piedra — no oír, no ver, no sentir, no reflexionar? — Pues yo sostengo que el hombre de la cebada y de la paja no exagera tanto como el autor de la *Noche*: éste quería volverse mineral, el otro se conforma con ser bestia.

Realmente, si se extrae oro del mar y manteca del petróleo y del carbón, ¿por qué de la paja no se han de extraer sustancias alimenticias para el hombre? La cebada ya sabemos que es manjar admitido y hasta gustoso. De la cebada se hacen exquisitos refrescos, apetitosa sopa, tortas excelentes y croquetas nada inferiores á las de arroz. Además se saca alcohol; y el hombre, que tiene sobre los animales la superioridad de embriagarse á menudo, debe estimar todos los productos naturales que encierran el *paraíso artificial* de la bebida alcohólica.

Lo dicho: es grandísima arbitrariedad que no le dejen á un hombre honrado saborear el pienso á sus anchas. Bajo Fernando VII, lo que se reprimía severamente era la fatal manía de pensar; sin embargo, á nadie se le ocurría poner coto al pienso. Nos estaba reservado perfeccionar el sistema, y por legislarlo todo, ir á legislar hasta lo que á cada cual se le antoja comer. A fe que los encargados de llevar á la cárcel al *pensador*, no se preocuparán poco ni mucho de cubrirle la mesa, ahora que se acercan las Navidades, con capones, perdices, besugos, terrinas de Estrasburgo y compotas rajadas de canela. ¡Injusticia notoria! Si la autoridad prende al modesto ciudadano que se conforma con el sencillo *menú* de la mula ó del rocín, en conciencia está obligada á proporcionarle manjares más suculentos, más dignos de la alteza del rey de la creación. Yo apostaré — y vaya de apuestas — á que el supuesto delincuente exclamaría de buen grado, dirigiéndose al que decretó que le metan en chirona:

«..... Hombre injusto,
¿piensas que sólo de la paja gusto?
También si me dan grano como grano...»

¡Y jamón, y torreznos, y solomillos, y chuletas! ¡Pues naturalmente! Hagan á su vez una apuestita los que mirando con excesivo celo por la cultura general echaron el guante al *pensador*; apuesten á darle todos los días lo que él pida por lista, y ya me dirán maravillas. La paja se la dejará á los otros.

EMILIA PARDO BAZÁN



D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

Era todo un carácter. En sus cosas y en sus actos, en la vida política y en la militar, como gobernante y como ciudadano, todo lleva impreso el sello de la grandeza.

El que estudie aquella época de gestación turbulenta de la República Argentina, aquel período de grandes luchas, de fuertes energías y de poderosas ambiciones, verá surgir la figura del general Urquiza gallarda, hermosa y de las más simpáticas entre cuantas figuraron por aquel tiempo.

Muy joven empezó á figurar apasionándose por las armas y la política; y pronto por su talento y valor hizose el caudillo de mayor fama y más querido de su provincia, extendiéndose rápidamente su prestigio por la República, hasta el punto de infundir celos al tirano Rosas, que se convirtió en su irreconciliable enemigo, como si presintiera que Urquiza había de eclipsar su estrella.

Para la voluntad de hierro y el tesón del dictador fué el general Urquiza el más leal de los enemigos. Cuando en 1851 D. Juan Manuel de Rosas mandaba á su Legislatura una vez más la parodia de la renuncia para que fuera rechazada y obtener así el *summum* del poder, el general Urquiza, gobernador entonces de Entre Ríos, publicó el célebre manifiesto aceptando por su parte la renuncia y aconsejando que la nación entera hiciera lo mismo, argumentando con las mismas frases del dictador y haciendo hincapié en las mismas razones expuestas en la renuncia de Rosas. Este acto de osadía desconcertó al tirano hasta tal punto que obligó á la Asamblea á que le concediera nuevamente la dictadura; pero fué para estrellarla en Monte Caseros, ante el ejército, *el grande ejército*, como se le llamó al organizado y mandado por Urquiza, compuesto de 30.000 infantes, 50.000 jinetes y 40 cañones.

Derrotado Rosas, hay quien cree que el mismo general vencedor favoreció su fuga con su familia á bordo del buque inglés *La Locuste*. Pero si en esto puede haber duda, no la puede haber en otro de los rasgos más nobles y hermosos del general Urquiza. Sabido es que los bienes del dictador representaban una colosal fortuna y fueron confiscados en beneficio del Estado; pero Urquiza trabajó hasta alcanzar que le fueran devueltos. Así pagó el odio que le tuvo Rosas en los últimos tiempos de su gobierno.

Fué el primer Presidente de la Confederación Argentina; y durante el tiempo de su progresivo gobierno — de 1854 al 60, — cuando ya Buenos Aires había vuelto á formar parte de la Confederación, se preocupó de la reorganización de las provincias; celebró tratados de comercio con varias naciones; se abrieron los ríos á la navegación; se fundaron las primeras compañías de vapores; se crearon nuevos centros de comercio, como Rosario, que de un poblado ha resultado la segunda ciudad de la República; se habilitaron numerosos puertos y mandó estudiar el gran proyecto de ferrocarril de Rosario á Córdoba. Dejó el mando á Derqui y después de los sucesos de Pavón retiróse á su provincia, siendo de ella gobernador hasta su muerte.

Espíritu recto y justiciero, hizo perseguir tenazmente á los ladrones y castigar rápida y severamente á los asesinos; de modo que llegó á modificar en condición pacífica, sin perder la entereza del valor,

á una provincia cuyos habitantes eran de condición dura y turbulenta. A fuer de activo, le eran repulsivos los holgazanes, no dejándoles en paz hasta obligarles al trabajo. En cambio, acogía afectuosamente á todos los emigrados políticos y protegía á los extranjeros que llegaban á sus dominios con anhelos de implantar nuevas industrias.



D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA,
primer presidente de la Confederación Argentina
(Clisé de A. S. Witcomb)

Fué Urquiza quien con solo su prestigio terminó la guerra de 10 años que ensangrentaba la banda oriental, pues con la llegada de su ejército depusieron las armas los combatientes, pronunciando aquellas memorables palabras: «No hay entre orientales vencedores ni vencidos.»

En la vida del hogar doméstico era sumamente bueno y cariñoso. Cuando subió á la presidencia casóse en Buenos Aires con una hermosa porteña, de la que tuvo cuatro hijos y dos hijas, á los que atendía y educaba él mismo. A pesar de su sencillez en el trato, le gustaba el fausto y la opulencia. La estancia de «San José», donde residía, es un soberbio palacio, amueblado y adornado con mucho lujo á la par que buen gusto, propio de su talento y de su colosal fortuna.

En sus jardines cuidaba por sus propias manos las flores, plantas y árboles frutales de su predilección, no escatimando el dinero por todo lo que era raro ó digno de sus aficiones y gustos aristocráticos. De las fiestas que daba, todavía se recuerdan y se dicen maravillas. Hubo algunas á las que concurrieron más de 400 invitados, prolongándose por semanas. Recibía á menudo la visita de ministros extranjeros, almirantes, viajeros célebres, hombres de cien-

cia y letras, siendo tratados como si llegaran á una corte, con mucha pompa, pero con cordialidad.

Sus campos de crianza pasaban de 1.000 leguas cuadradas y sus ganados de 350.000 vacas, 80.000 carneros y 50.000 caballos. Las colonias agrícolas fundadas á sus expensas eran muchas, y se dice que gastaba *un millón* de pesos para siembras.

Su guardia la formaban 200 jinetes escogidos, los que parece no le fueron fieles el día de su muerte.

Le gustaba leer mucho y escribía con estilo un poco ampuloso, escogiendo términos técnicos. Esto le ocasionó algunas graciosas aventuras. Cuéntase que en el departamento de Villaguay estaba de jefe político un tal D. Polonio Velázquez, hombre muy de confianza, pero poco leído y menos *escrito*. Llegó á conocimiento del general Urquiza que por aquellos pagos se habían presentado algunos casos de lepra. Justamente alarmado, temiendo se extendiera la terrible enfermedad, hizo preparar un pabellón en su misma estancia para que fueran los enfermos atendidos y curados bajo su vigilancia. Mandó un *chasque* con una comunicación al bueno de D. Polonio, ordenándole le remitiera inmediatamente todos los que *estuvieran con elefantiasis*. No sabiendo lo que quería decir la última palabreja, recurrió al cura del pueblo, quien por dar una lección de moral ó porque realmente no supiese su significado, queriendo salir del paso, contestó á Velázquez que *tener elefantiasis* quería decir tener mujer sin estar casados como la iglesia manda. Mohino salió el jefe político de la consulta; pero como la orden era terminante, á los pocos días mandó á D. Justo José de Urquiza un ejército de más de cuatrocientos jinetes y un oficio en que le comunicaba que dentro de breves días le mandaría la segunda remesa.

Lástima grande que una ofuscación política, quizás celos de prestigio, arrebataran la vida de un respetable anciano que tanto bien había hecho á su patria.

Hoy, lo mismo que 28 años atrás, se conserva hermosa la capilla independiente del palacio dedicada á San José, y también la pulpería y hasta el banco adonde iba el general á pagar en persona á sus jornaleros. Todas las habitaciones de la casa se conservan tal y como cuando él vivía, con los mismos muebles y los mismos adornos. En los roperos todavía se guardan las prendas de vestir del que fué ídolo del pueblo entrerriano. Y tal es el respeto, veneración y sentimiento religioso de la familia por el ilustre difunto, que no se ha querido lavar el piso de la salita adonde fué á caer asesinado el día 11 de abril de 1870. Hoy todavía se nota perfectamente el sitio ó rincón donde fué á morir uno de los hombres más notables de este país. Esta sala está convertida en fúnebre capilla sepulcral, siendo de muy buen gusto el altar. Una lápida de mármol, incrustada en la pared, recuerda el horroroso acontecimiento; y no sé si es justo que la misma lápida consigne el nombre del general López Jordán como el matador, por cuanto, según algunos historiadores, fué ajeno por completo á crimen tan inicuo. No es posible convencer á la familia, la que sin duda tendrá sus motivos para creer culpable á dicho general.

A su muerte contaba D. Justo José de Urquiza 70 años, pero representaba veinte menos. No bebía ni fumaba ni tomaba mate.

JUSTO SOLSONA

GENIO PARA CASA

«Amor puro, como la sonrisa infantil; intenso, como la luz del sol.»

Así sentía Heriberto y así expresaba su sentir.

Apasionado, nervioso en su estilo, según apreciación propia, como en sus sentimientos.

Nadie era en sociedad.

¿Pero qué le importaba á él la sociedad?

Águila imperial, se remontaba á las serenas regiones del arte y la poesía, y contemplaba á la humanidad en su pequeñez, sometida á las prácticas sociales, á la vulgaridad de la vida y á las necesidades de la materia soez y repugnante.

Para Heriberto no había en el mundo, digno de enaltecimiento, más que ella y él.

Su Rosaura y él.

¿Carrera, ocupación..., para qué?

El arte y la poesía son libres y ricos en sueños, en fantasías incomprensibles en Bolsa; muestras sin valor, en el comercio.

¿Pero qué importa al artista ó al poeta ese menosprecio del vulgo ininteligente?

Ni el capital, ni el trabajo, ni el comercio, ni la industria, ni la indumentaria.

Heriberto vestía sencillamente, pero con suciedad; comía con sujeción á sus recursos; vivía á poco más ó menos de media dieta; libaba con fruición el aguardiente...

Pero siempre águila; siempre superior á las masas.

¿Cómo conoció á Rosaura? — según preguntan los novelistas; y luego se responden, por ejemplo: — En un baile, en casa de la condesa de...

Heriberto vió á su amada á vista de águila ó á vista de pájaro... frito. Frito por el amor.

La siguió, la miró como él miraba, «al corazón;» la versificó; esto es, la dedicó poesías, y consiguió que Rosaura se apasionara por él.

Verdad es que Rosaura tenía más de tonta que de santa, y se dejó traspasar por las miradas de Heriberto.

Y D. Roque, padre amantísimo de su única hija y tierno esposo de doña Consolación, por salvar la vida y asegurar, en lo posible, la felicidad de su niña, consintió hasta en casarla con el águila, ó sea con Heriberto.

¡Qué día tan feliz el de la boda!

El poeta «consintió,» no solamente en casarse con «su ideal,» sino también en vestirse de limpio.

D. Roque era un «bolsista» rico y no necesitaba su yerno molestarse en ganar el pan con el sudor de su rostro, aunque no le hubiera estorbado al mozo ser alguien.

La vida de los chicos era un idilio.

El genio estuvo correcto durante los primeros meses de matrimonio.

— Es lo que el vulgo dice un vago, pensaba el suegro; pero los genios son así, según dicen las gentes. ¡Hemos tropezado con un genio para casa de los padres!

Pasaron los días de general regocijo, como todo pasa; hasta por genios los que no lo son.

Heriberto volvió á hacer de águila; á remontar el vuelo; á entregarse á sí mismo y á las libaciones.

Y aun llegó á mirar á su papá y á su mamá políticos como á dos imbéciles afortunados, y nada más.

— Son dos camafeos montados en oro, solía decir á Rosaura; acepto el engaste y arrojó los camafeos.

Y ésta, rendida al amor que sen-



LOS DESPOSORIOS DE LA MUERTE, bajo relieve de Leonardo Bistolfi

tía por su esposo, protestaba al principio; después callaba y sufría.

Cuando D. Roque abría la boca, su hijo político le atajaba «para que no dijera disparates.»

No le consentía que tuviera sentido común, ni aun que aspirase á tenerle.

Doña Consolación murmuraba, entristecida, en viendo sufrir tantas humillaciones á su esposo:

— ¡Pobre Roque! Verse, en su propia casa, reducido á ser «un cerdo» á la izquierda. ¡Y tener hijos políticos para esto!

Heriberto empezó á disponer de la casa y de la familia con franqueza verdaderamente «encantadora.»

Por lo demás, había vuelto á la vida de genio soltero.

No comía en casa ordinariamente, y si le censuraban su esposa ó sus papás, replicaba:

— Aquí no se puede comer; ni ustedes tienen maneras ni costumbre de comer bien, ni se puede sufrir estos *guisotes*, propios para ustedes.

— Pues mira, replicó un día indignada Rosaura, mi papá ha comido con ministros y con otros personajes.

— Pero en cazuela y aparte, respondió Heriberto.

— ¿Qué dices?

— ¿Queréis esclavizarme? Yo soy libre como el cóndor, altivo como el rey del desierto, y no consentiré que me consideren como si me hubieran comprado: no me vendo ni soy un muñeco de un bazar: el genio se impone.

A las faltas á las horas de comer, siguieron las de las noches, que pasaba en su casino el cóndor.

Lo cual no impedía que, con frecuencia y muy cariñoso, acudiera á D. Roque diciéndole:

— Querido papá, necesito dinero.

— ¿Cuánto quieres tú, hermoso?, le preguntaba el desventurado padre de Rosaura.

— Una pequeñez, mil pesetas; voy á desenojar á mi mujercita, regalándole alguna chuchería.

Y D. Roque le entregaba las mil pesetas, pensando, y diciéndolo así á su esposa:

— Es ligero como muchacho y como genio, según dicen — porque siempre añadía el testimonio de los demás, — pero con mucho corazón; muy bueno y muy cariñoso para la niña.

Hasta que un día se rompieron las hostilidades.

Rosaura amenazó al infiel con suicidarse; él amenazó á Rosaura con suicidarla é igualmente á toda la familia.

Se acordó la ruptura, la separación de los cónyuges.

Heriberto pidió que le asignaran una cantidad para alimentos.

— Aliméntese usted con lo que gana, haciendo de genio, ó váyase á un asilo; esta ganga ha concluído para usted, dijo D. Roque resueltamente.

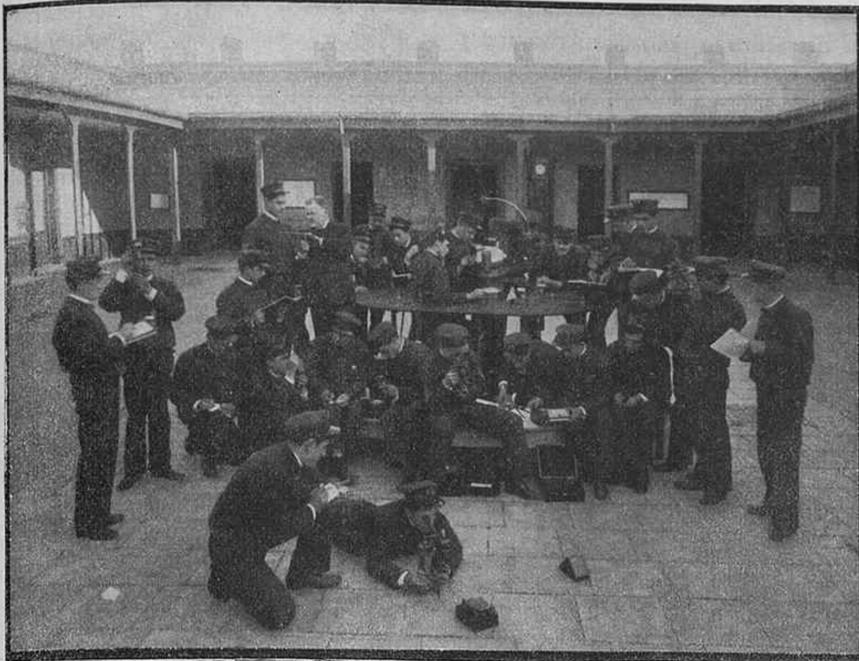
— Yo tengo la culpa, repetía Heriberto, por emparentar con pobres.

Pero todo se arregló y hoy viven tranquilamente y sin ruidos.

Heriberto dimitió de genio y se ha quedado como «vago de bien.»

Y todo lo sufre con gusto don Roque, por su pobre hija Rosaura, que está cada día más loca por su esposo y más tonta para sí... y para los demás.

EDUARDO DE PALACIO



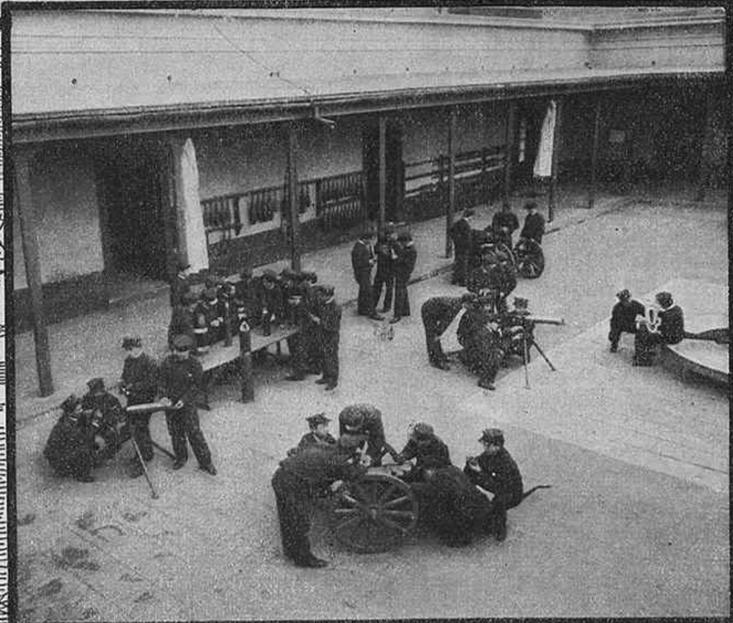
Observaciones astronómicas y pilotaje



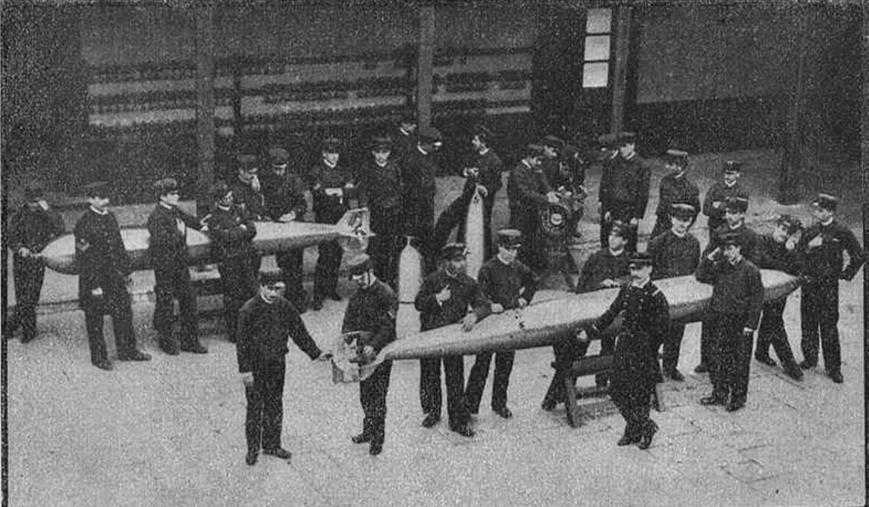
Aspirantes recientemente promovidos a guardias marinas.



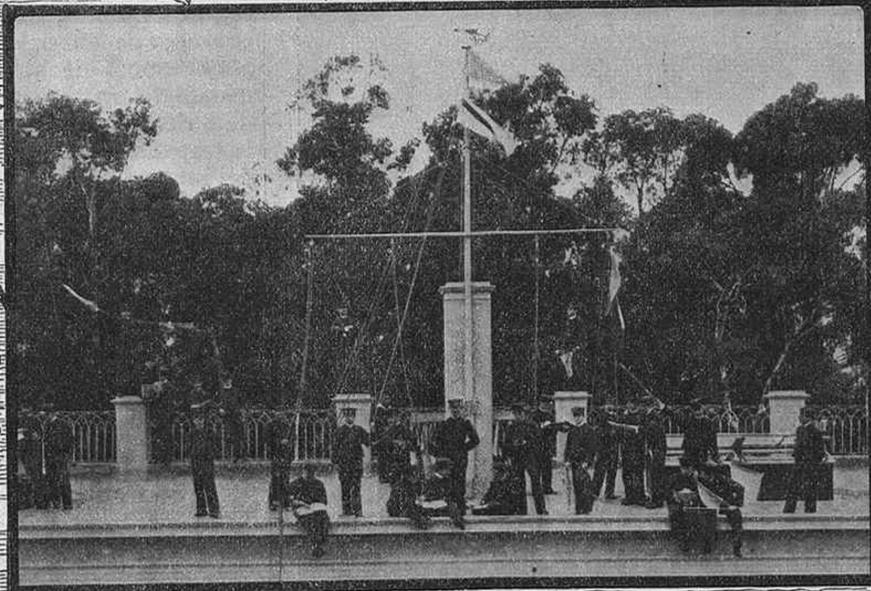
Aspirantes en traje de paseo.



Clase práctica de artillería



Clase práctica de torpedos



Señales



Jefes y oficiales profesores. Agosto 1898



Clase de aparejo, caballería y maniobra

LA MARINA CHILENA (fotografías remitidas por los Sres. Cuspinera, Teix y C.ª, de Santiago de Chile)

SALTO ATRÁS

Al cabo de los años mil,
van las aguas por do solían ir.

(Refrán)

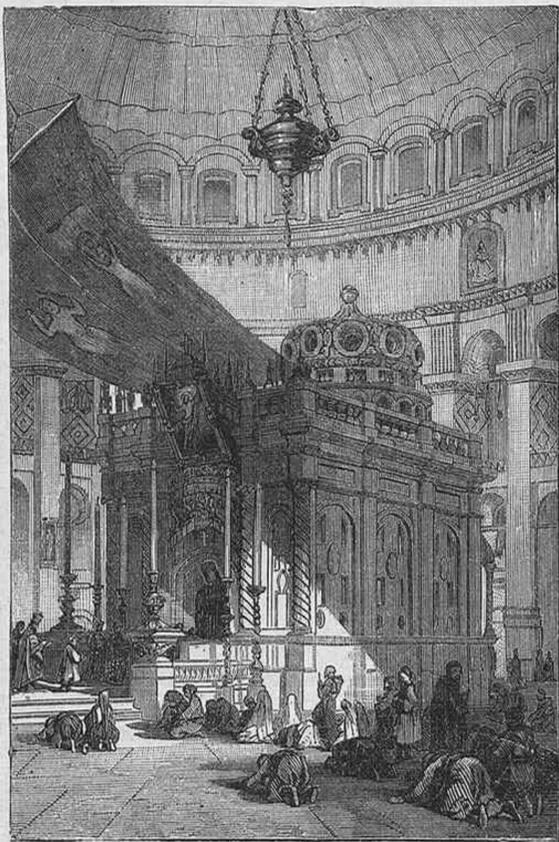
Como ahora — y mientras Dios ó los hombres no lo remedien (¡ojalá sea pronto!) — solamente piensan en cosas de guerra y en asuntos de repatriación y en liquidaciones... los contados españoles que piensan en algo, no es de extrañar que á la prensa periódica y aun á gran parte de la opinión pasara casi por completo inadvertido un párrafo muy halagüeño para nuestra patria, y publicado en algunos diarios de Madrid hace bastante tiempo; es el siguiente:

«Por los periódicos llegados de Suecia vemos que en el teatro de *Stockolmo* se ha representado con gran éxito, en estos últimos días, la tragedia en tres actos del poeta y ex ministro español D. Víctor Balaguer, titulada *Los esponsales de la muerte*, traducida al sueco por el profesor de aquella Universidad Edward Lidforss.

»El éxito fué ruidoso, la obra muy celebrada y la prensa dedica calurosos elogios al autor Sr. Balaguer y al traductor Sr. Lidforss.»

Esto era lo esencial de la noticia.
Perfectamente.

Allá, en aquel apartado país del Norte; allá, donde se han condensado las *nubecillas* literarias que



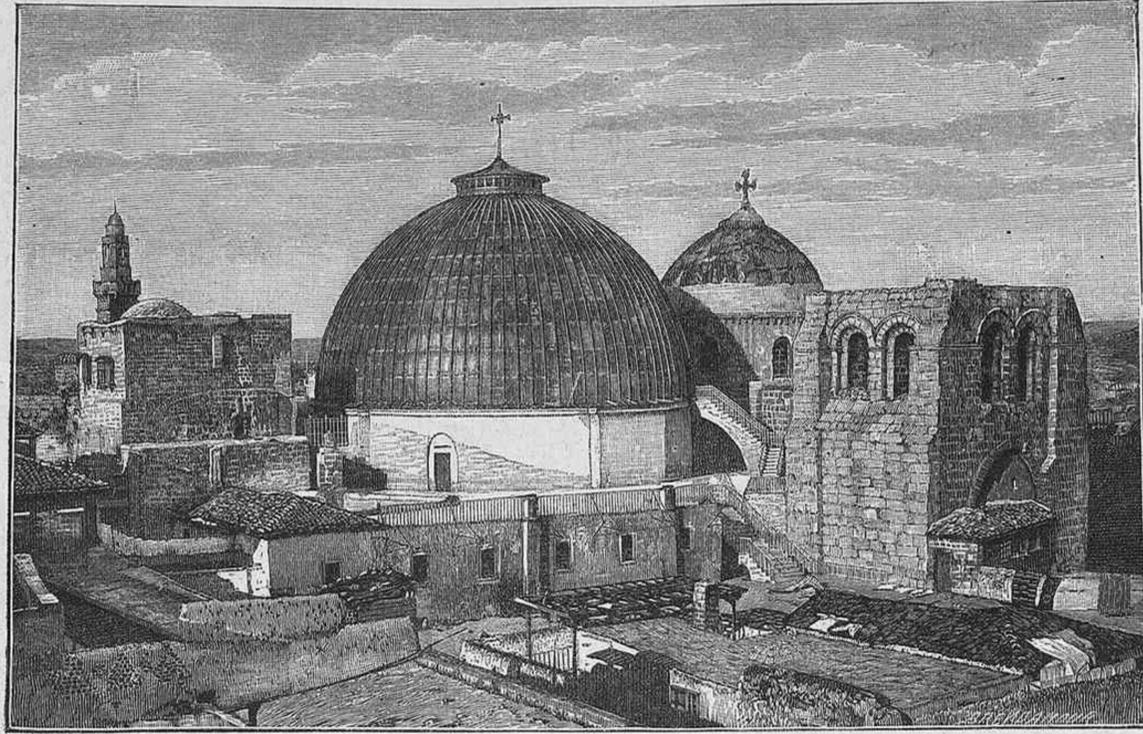
VIAJE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA Á PALESTINA
Interior de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén

tanto molestaban al malhumorado Sardou; allá, donde *Augusto Strindberg* imponía, con todo el peso de su autoridad no discutida, el drama *La señorita Julia*, del cual refiere el malogrado, el inolvidable *Ysart*, que escandalizó á los mismos concurrentes del *Teatro Libre* de París; allá, donde el enemigo, más que émulo, de los dramaturgos noruegos *Ibsen* y *Bjornson* y de los alemanes *Sudermann* y *Hamptmann*, alcanzó sus triunfos más envidiables; allá consigue ser estrepitosamente aplaudido por el público y unánimemente elogiado por la prensa un autor dramático español, *Victor Balaguer*, y algo y aun mucho hay en esta victoria de satisfactorio para cuantos sinceramente se interesan aquí por la literatura patria.

Quiero prescindir, sin embargo, de la personali-

dad del poeta Balaguer (una de las figuras más distinguidas y más simpáticas de la literatura española contemporánea), y limitarme á solicitar la atención de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA sobre lo que el hecho significa.

Víctor Balaguer, poeta y novelista, dramaturgo y crítico, historiador y hombre político, tiene para cuantos lo conocen el mérito principalísimo, aparte de otros muchos que lo enaltecen, de su extraordi-



VIAJE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA Á PALESTINA. — Cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro

na laboriosidad. Maravilla su obra por los distintos asuntos que abarca y más aún por los numerosos libros en que se contiene.

No he de ocultar, pues, que me parece muy justa y muy acertada la distinción de que nuestro eximio compatriota ha sido objeto por parte del profesor Lidforss y por parte del público y de la prensa de Estocolmo; pero, lo repito, voy á prescindir ahora de la persona ilustre del autor de tantos y tan estimados libros, y quiero señalar, únicamente en concepto de observador, el hecho de que — pocos años después de haberse dado como definitivo el triunfo del naturalismo en el teatro — sea la patria de *Strindberg* la que saluda con vítores y aplausos la reaparición del drama idealista, el renacimiento del romanticismo, que parecía condenado para siempre á desdeñoso cuanto injustificado olvido.

Los esponsales de la muerte, obra que publicó Balaguer en 1878, se halla por completo dentro del género romántico. El asunto de la tragedia lo constituyen los desdichados amores de *Julietta* y *Romeo*, de que toda persona medianamente ilustrada tiene noticia; el procedimiento seguido y los moldes empleados para la presentación del cuadro y para su desarrollo en escena son legítimamente románticos.

Ni analizo el fenómeno, ni discuto su importancia; lo refiero sencillamente y llamo sobre él la atención de los lectores: á esto se reduce por hoy mi tarea.

Sobre el romanticismo flagrante de *Los esponsales de la muerte* no puede haber duda. Considero inútil exponer ahora el pensamiento esencial de obra tan conocida.

Ya sé que Ehrhard y los que como Ehrhard piensan, han dicho (y acaso con razón y con fundamento sobrados):

«¿Por ventura en el mundo no hay más que pasiones y son éstas el único objeto en que deba ocuparse el teatro? ¿Por qué no representará también los conflictos de las ideas lo mismo que los del sentimiento? ¿La vida del espíritu tanto como la vida del corazón y de los sentidos? Las discusiones sobre las cuestiones políticas, sociales y religiosas llenan gran parte de nuestra existencia: son con frecuencia origen de odios feroces. ¿Por qué no ha de entrar en escena este mundo del pensamiento cargado de tempestades?»

Los que así juzgan y así piensan aspiran á convertir en placer intelectual y reflexivo el placer artístico y pasional del teatro.

Quizás no advierten que, si vieran realizadas esas aspiraciones, mermarían de un modo formidable la universalidad de ese procedimiento artístico.

¡Oh!, sí, sí; existe, á no dudarlo, el placer intelectual: el naturalista que, después de obstinada lucha, arranca á la naturaleza su secreto; el geómetra que,

después de labor obstinada, resuelve satisfactoriamente un problema de *Descriptiva*, experimentan placeres tan inefables y tan hondos como los que puede producir la contemplación de la más delicada obra de un artista; pero para estimar esos placeres intelectuales, para comprenderlos, para sentirlos, es de necesidad absoluta ser también naturalista ó matemático; estos goces del espíritu se hallan fuera del alcance de los que no lo sean.

Se imponía, pues, como trabajo previo, la selección entre los espectadores.

Y en esta selección, como en todas las selecciones, á medida que aumentásemos las condiciones exigibles al espectador, iríamos reduciendo el número de los espectadores.

Llegaríamos, por consiguiente, á convertir ese espectáculo, cuyo carácter principal ha sido siempre la comunión democrática, en placer de privilegio, accesible solamente á los iniciados.

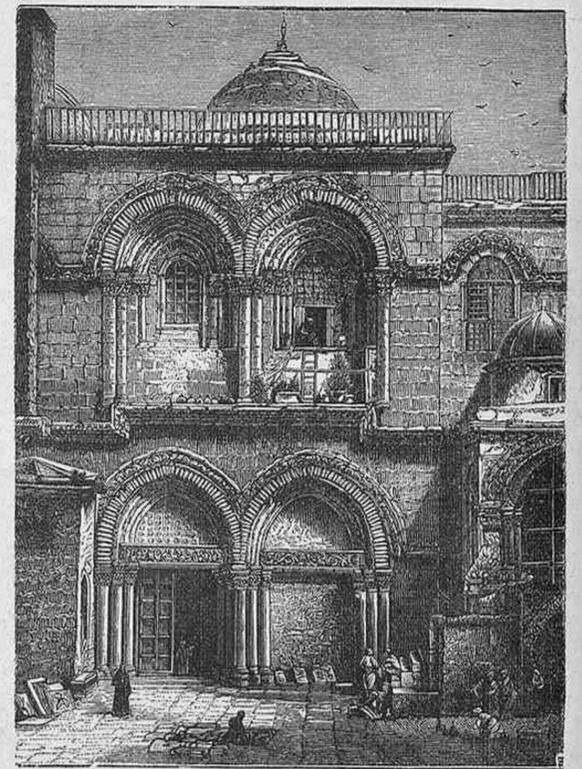
¿Es esto el teatro?
¿Lo ha sido hasta hoy?
¿Podrá serlo en lo sucesivo?

De que no lo ha sido ni lo es, respondo.

Que no lo será nunca, lo sospecho.

Si ya no es que nuestros descendientes llegan, en porvenir todavía remoto, á la institución de un teatro especial, selecto, reservado

á las personas de gran cultura intelectual; dejando el otro, el democrático, el plebeyo, para el vulgo, para las muchedumbres indoctas. Y si esto sucede, ocurrirá también que el teatro vulgar tendrá atractivos irresistibles para el público del teatro sabio, y éste no los tendrá para los espectadores del otro; conque no es difícil presumir de cuál de ellos será la victoria definitiva.



VIAJE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA Á PALESTINA
La puerta de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén

Pero dando de mano á estas reflexiones, para la ampliación de las cuales me faltan ahora tiempo y espacio, registro el hecho significativo de que la escuela romántica de cuya muerte nos habian hablado, como vencedores, los dramaturgos del naturalismo, reaparece victoriosa en el teatro de Estocolmo.

Esto es, sin duda, un triunfo muy lisonjero para Víctor Balaguer, autor de *Los esponsales de la muerte*, triunfo por el cual lo felicito y me felicito; pero es una victoria, más trascendental todavía, para los que piensan que en arte no hay escuelas que desaparezcan, ni géneros que se impongan; sino obras buenas y obras malas. Estas mueren; las otras son eternas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



CUESTION DE FACHODA. - LLEGADA DEL CAPITÁN FRANCÉS BARATIER Á LYÓN Y DEL SIRDAR KITCHENER Á LONDRES

VIAJE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA
Á PALESTINA

De todos los incidentes del viaje de los soberanos alemanes á Tierra Santa, los más importantes son los que se relacionan con la estancia de Sus Majestades en Jerusalén, adonde llegaron el día 29 de octubre, después de haberse detenido en Haifa, en Jaffa y en Bab-el-Wad.

La entrada de los soberanos en la ciudad santa fué un espectáculo de una grandiosidad superior á toda ponderación. El día 29 de octubre la brillante comitiva imperial salió del campamento, que se había levantado á la vista de Jerusalén, y á medida que iba avanzando fué engrosando con la multitud de espectadores que esperaban el cortejo: á las tres de la tarde entraron los emperadores por la puerta de Jaffa, que se hallaba adornada con tapices y guirnaldas de flores, y á su paso por las calles, profusamente adornadas con banderas turcas y alemanas, fueron objeto de calurosas ovaciones. Alojáronse los ilustres viajeros en el consulado alemán, y después de almorzar visitaron á pie la iglesia del Santo Sepulcro, á cuya puerta recibieron los altos dignatarios de las religiones católica, griega y armenia, y desde allí se dirigieron al nuevo edificio construído para iglesia protestante del Salvador.

Al siguiente día los emperadores asistieron á los oficios divinos que se celebraron en el templo pro-

testante de Betlem, visitando después la iglesia de la Natividad y el orfanato de San Juan.

El día 31 verificóse la solemne consagración de la nueva iglesia protestante, terminada la cual el emperador leyó un discurso ensalzando las gloriosas tradiciones de Jerusalén «en donde - dijo - hoy como hace dos mil años debe repercutir el grito que exprese la más ardiente esperanza de los hombres, la de ¡paz sobre la tierra!» y renovando el juramento de sus antepasados de querer él y su casa servir al Señor.

Después de la ceremonia, Guillermo II dirigió un telegrama al Papa diciéndole que merced á la benévola intervención del sultán, que no había vacilado en darle esta prueba de amistad personal, había podido adquirir en Jerusalén el terreno en donde se verificó la Asunción de la Virgen María, y que se complacía en poner aquel lugar, por tantos y tan piadosos recuerdos consagrado, á la disposición de los súbditos católicos, especialmente de la Asociación alemana católica de Tierra Santa.

El Sumo Pontífice contestó al emperador expresándole su profundo agradecimiento.

En los días siguientes, los soberanos verificaron algunas excursiones á varios lugares sagrados, y cuando se disponían á visitar Jericó y otras poblaciones de Palestina, hubieron de abreviar su viaje trasladándose directamente á Jaffa y embarcándose el día 4 en el *Hohenzollern* con rumbo á Occidente.

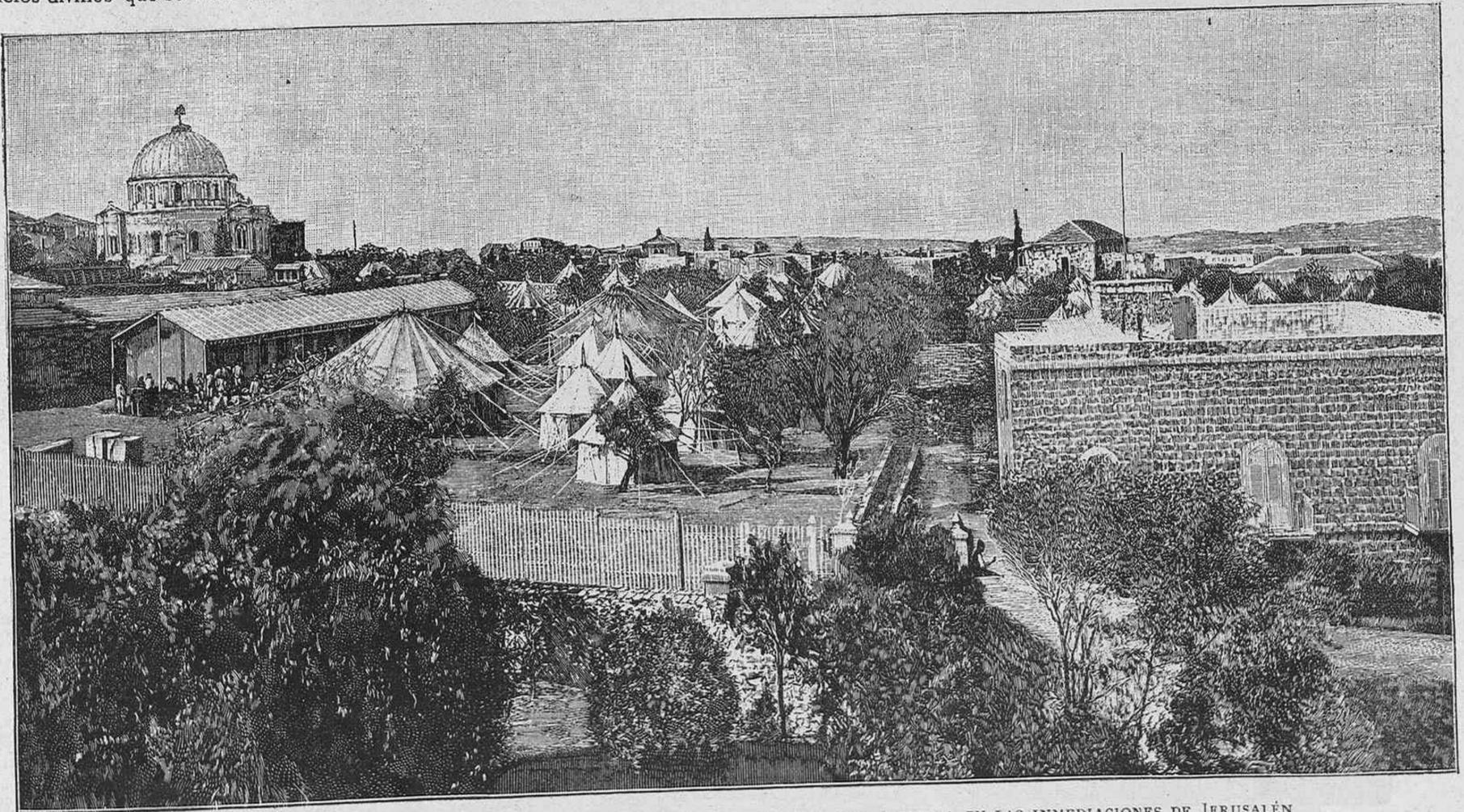
Este precipitado regreso del emperador ha sido objeto de grandes comentarios, sobre todo al saber-

se en Europa que pensaba tocar en algún puerto de España, precisamente en los momentos en que la comisión de París se ocupa de la futura suerte de las islas Filipinas. Como en nuestra misión de meros cronistas no entra el ahondar en tales asuntos, nos limitamos á consignar este hecho, que tal vez pudiera tener tanta ó más trascendencia que el mismo viaje del soberano alemán á Palestina.

* *

LLEGADA A LYON DEL CAPITAN BARATIER
Y Á LONDRES DEL SIRDAR KITCHENER

La conquista del imperio del mahdi por las tropas anglo-egipcias y la ocupación de Fachoda por la expedición francesa de Marchand han apasionado extraordinariamente los ánimos en Inglaterra y en Francia: no es, pues, de extrañar que una y otra nación hayan aprovechado la primera coyuntura para dejar que su entusiasmo se desbordara, y esta coyuntura se ha presentado con motivo de la llegada del sirdar Kitchener á Douvres y á Londres y del capitán Baratier á Lyon. En cada una de estas ciudades han sido objeto de grandes ovaciones el conquistador de Ondurman y el oficial de la expedición francesa al alto Nilo, ovaciones de las cuales da idea el grabado que en esta página publicamos y que son reflejo fiel de los sentimientos que dominan entre los pueblos inglés y francés respectivamente. - X.



VIAJE DEL EMPERADOR DE ALEMANIA A PALESTINA. - CAMPAMENTO IMPERIAL EN LAS INMEDIACIONES DE JERUSALÉN



¡TOMA, TONTUELO!, CUADRO DE ARTURO J. ELSLEY

PHOTODUPLICATION BY
SERVICES

NUESTROS GRABADOS

Oficial del siglo XVI, cuadro de Meissonier.

Las obras del gran pintor francés no necesitan ser alabadas, pues el nombre del ilustre artista está escrito con letras de oro en el templo de la fama. La firma de Meissonier puesta al pie de un cuadro hace ociosa toda crítica, ya que en el mundo del arte ha llegado a figurar entre las más codiciadas. Excusamos, por consiguiente, hacer el elogio del *Oficial del siglo XVI*, porque basta decir que en este lienzo se admiran las mismas bellezas y los mismos primores de ejecución que caracterizan toda la obra de su autor.



OFICIAL DEL SIGLO XVI, cuadro de Meissonier

Camino de Sevilla, cuadro de Ulpiano Checa.

— Cuando la tierra se cubre con las galas de la primavera y el aire se satura con los aromas de los floridos naranjales y el sol luce espléndido sobre el incomparable cielo de Andalucía, Sevilla, la hermosa ciudad que el Guadalquivir baña, osténtase en toda su magnificencia para celebrar la feria que tan justa y universal nombrada le ha conquistado. De todas partes los forasteros acuden, de los pueblos vecinos lo mismo que de las más apartadas regiones del extranjero, y durante algunos días aquella capital arde en fiestas y la alegría y la animación reinan en ella por doquier. El cuadro de Checa que reproducimos nos presenta un grupo de gente de los alrededores de Sevilla que a la feria se encamina, y al contemplar aquellas monturas pintorescamente enjaezadas, aquellos jinetes, llevando algunos a la grupa la agraciada compañera, aquel camino lleno de luz y de color, hay que reconocer que el pintor se ha inspirado en la realidad viviente y ha sabido trasladarla al lienzo con todo el vigor y con toda la verdad del espectáculo que impresionó sus ojos y su corazón de artista.

**

Los desposorios de la muerte, bajo relieve de Leonardo Bistolfi.— Esta obra del reputado escultor turinés pertenece al más puro simbolismo, y el efecto que produce es eminentemente sugestivo: el asunto, a la verdad, no podía ser tratado de otro modo, y el título que lleva el relieve es a la vez la mejor explicación del tema escogido y la mejor justificación del procedimiento adoptado para desarrollarlo. Los tres grupos en los cuales aparece la muerte atrayendo con sus caricias a la hermosa doncella que desfallecida cae en sus brazos, son otros tantos primores de sentimiento y de factura, y los elementos decorativos que completan el bajo relieve armonizan admirablemente con el pensamiento general y contribuyen al hermoso efecto del conjunto.

**

La marina chilena.— La lámina que publicamos en la página 733 sirve de complemento a la que dimos en el número último, y ambas dan idea de la organización militar de la república chilena.

El sistema de reclutamiento de la armada chilena es, como el del ejército, por alistamiento voluntario, y los oficiales salen de la Escuela Naval de Valparaíso. La marina de guerra se componía en 1896 de 36 buques con 322 cañones y 108 tubos lanzatorpedos, y el personal lo formaban un almirante, cinco contraalmirantes, 16 capitanes de navío, 25 capitanes de fragata, 19 capitanes de corbeta, doce tenientes-capitanes, 37 tenientes, 78 guardias marinas, 195 empleados y 3.794 marinos.

**

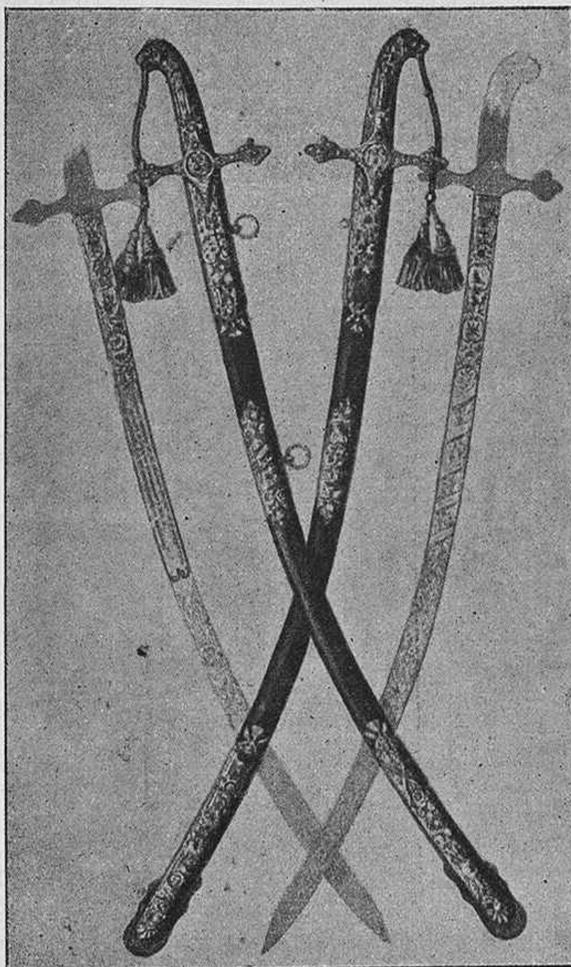
¡Toma, tontuelo!, cuadro de Arturo J. Elseley.

— El asunto de este cuadro podrá ser todo lo trivial que se quiera, pero la impresión que produce es altamente simpática, y si consideramos la obra desde el punto de vista artístico resulta digna de los mayores elogios, porque en ella se echa de ver desde luego la mano de un maestro, que ha estudiado con cariño el tema y que lo ha ejecutado con una corrección y una soltura admirables.

M. Carlos Dupuy, presidente del nuevo gabinete francés.— La cuestión de la revisión del proceso Dreyfus ha sido causa, como nuestros lectores no ignoran, de la caída del ministerio francés presidido por M. Brisson, habiéndole sustituido otro a cuyo frente se halla M. Dupuy, cuyo retrato publicamos. No es la primera vez que este hombre político ocupa tan elevado puesto, por cuanto ya en 1894 y precisamente al iniciarse ese célebre proceso lo ocupaba, siendo M. Faure, el actual presidente de la República, y el general Mercier individuos del mismo gabinete. Al presentarse ante las Cámaras, M. Dupuy les ha expuesto su programa, que contiene varias innovaciones y reformas, algunas de ellas de trascendencia, como son la rebaja del impuesto sobre la renta; el aumento del referente a las sucesiones; la ley de retiro para los obreros; la organización del crédito y seguros agrícolas, y el mantenimiento del arancel proteccionista. La Cámara ha aprobado este programa por 429 votos contra 64. El nuevo presidente del ministerio francés es hombre de tanta entereza como energía, y aún se recordará que siendo presidente de la Cámara de diputados cuando el anarquista Vaillant arrojó una bomba desde la tribuna pública, no perdió su sangre fría en medio de la confusión que este atentado produjo, y restableció la calma diciendo en alta voz: «Señores, continuemos discutiendo tranquilamente la orden del día.»

**

La espada de honor del sirdar.— El puño de la espada de honor que la Corporación de la City de Londres ha regalado al sirdar Kitchener es de oro macizo de 18 quilates, rematando con la cabeza del león británico y siendo el adorno de estilo del Renacimiento. En el anverso hay delicadamente esculpida una figura de «Britannia» y en el reverso la de la Justicia. También contiene el monograma del sirdar en diamantes, rubíes y zafiros, y dicho puño está además enriquecido con una combinación de piedras preciosas, como amatistas, berilos, lapislázulis, turquesas y jacintos. En el reverso se ve un compartimiento en el que aparecen enlazadas las banderas inglesa y egipcia, esmaltadas con sus propios colores. La vaina tiene dos adornos de oro de 18 quilates, el superior de los cua-



Espada de honor regalada al sirdar Kitchener, el vencedor del mahdi, por la Corporación de la City de Londres (de fotografía)

les lleva entre emblemas nacionales las armas de la ciudad de Londres, mientras que en el otro lado se ha grabado una escena representando el momento de izar la bandera en el palacio de Gordon en Khartum. El adorno del centro está decorado con palmas y motes, descollando los nombres de las batallas ganadas por el sirdar. El adorno inferior ó contera de la vaina es asimismo de oro, adornado con trofeos de armas inglesas y egipcias, así como con los de las tribus derviches. La hoja es de magnífico acero, con la parte superior damasquinada de oro, de estilo verdaderamente oriental. Los emblemas de la hoja guardan estricta relación con este presente, y la inscripción está ricamente grabada en el acero.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BRUSELAS. — El pintor Juan Delville ha recibido el encargo de pintar para el palacio que el Estado del Congo levantará en la Exposición Universal de París de 1900, un fresco de 20 metros de ancho por 11 de alto en forma de tríptico, que representará el triunfo de la civilización por medio de figuras y alegorías referentes a la raza blanca y a la raza negra.

SAN PETERSBURGO. — Un acaudalado comerciante de la capital de Rusia ha fundado una galería de bellas artes que se inaugurará en 1899 y que estará especialmente destinada a las clases populares.

CRACOVIA. — La casa que fué del pintor Hans Matejko ha sido convertida en Museo: en el primer piso se conservarán tales como están las habitaciones del ilustre maestro, y en los dos pisos superiores se expondrán los cuadros a su pincel debidos.



C. DUPUY, presidente del nuevo gabinete francés

Teatros.— La compañía de la Sra. Guerrero, prosiguiendo su *tournee* artística, ha obtenido grandes triunfos en Milán y en Turín.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Dèjazet *¿A qui l'enfant?*, vaudeville en tres actos de Miral y Nicard, y en la Renaissance *Medea*, tragedia en tres actos de Catulo Mendes, para la cual ha escrito algunos inspirados números musicales el muy conocido y célebre compositor Vincent d'Indy.

Madrid. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La comida de las fieras*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente; en Lara *La vida íntima*, graciosa comedia en dos actos de los hermanos Sres. Alvarez Quintero; en Apolo *La chavala*, zarzuela en un acto de López Silva y Fernández Shaw con música de Chapl, y en Romea *La nieta del abuelo*, zarzuela en un acto de Angel Caamaño con música del maestro Rubio. En la Princesa consigue grandes aplausos la compañía dirigida por el eminente actor D. Antonio Vico. Ha comenzado la temporada del teatro Real, habiéndose cantado *Los Hugonotes*, en cuyo desempeño sobresalieron la Sra. De Lerma y el Sr. Blanchart, y *La sonámbula*, que proporcionó una gran ovación a la Sra. Pacini y muchos aplausos a los Sres. Valero y Calvo.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito en el Eldorado *Pepe Gallardo*, y en el Principal la comedia de D. Alberto Llanas titulada *No es tan fiero...*, con bastante buen resultado. El arreglo de una comedia-vaudeville francés estrenado en Novedades no ha sido del agrado del público. Anteayer debió inaugurarse la temporada en el Gran Teatro del Liceo con la ópera *Andrea Chenier* del maestro Giordano; pero careciendo de tiempo para ocuparnos del éxito de esta producción, lo aplazamos para el número siguiente.

**

Necrología.

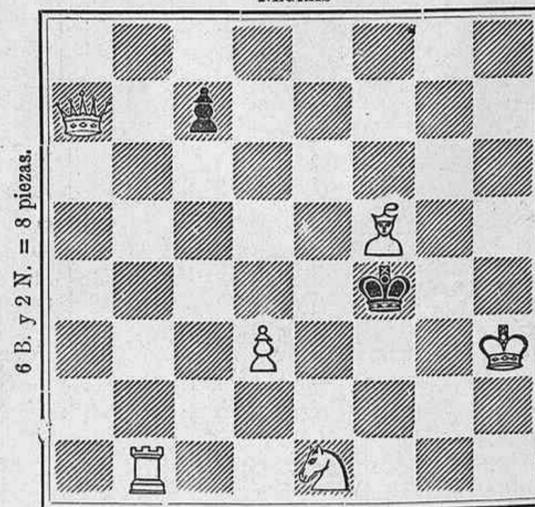
— Han fallecido: Francisco Magnus Bohme, notable músico alemán, verdadera autoridad en materia de historia musical, especialmente en los cantos populares alemanes.

Dr. Gustavo Florke, conocido escritor alemán y profesor de Historia de arte en la Academia de Bellas Artes de Weimar.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 139, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 138, POR J. CAPÓ

Blancas.

1. D 5 TR
2. D 8 R jaque
3. C 6 D mate.

Negras.

1. A 2 C (*)
2. R toma T ó R 2 A.

(*) Si 1. R toma T; 2. D 3 A R jaque, R toma C; 3. D 3 C D mate; — 1. P toma C ó R 2 A; 2. D 8 R, y 3. D mate. La amenaza es 2. D 8 R jaque, y 3. C mate.

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- ¿Y es usted, tía Fournerón, el apóstol del matrimonio, la que eso dice? Atrapar un marido es la inocente manía de todos esos maléficos seres, desde la bobalicona Eulalia hasta ese maligno demonio de miss Megg.

- Ha exigido la despedida de la excelente Carlota.

- Y ha hecho muy bien, por lo mismo que Carlota era muy fea.

- ¿Y tú crees en ese primer marido, en ese rico armador de Brest? Estoy segura de que no ha existido jamás.

- ¿Que si creo en Martín de Brest?

Y se mordió los labios para no hablar más de esto.

- ¿Es decir, que abandonas nuestra causa?

- No la abandono, pero prefiero permanecer neutral en estos asuntos; no quiero indisponerme con Fernando.

- Pero al menos irás a ver a esa mujer.

- Naturalmente: debo una visita a nuestra nueva prima.

A pesar de estas disposiciones conciliadoras, transcurrió una semana antes que Santiago pusiera por obra este proyecto. Era de los que están sujetos a las influencias inmediatas. Pero transcurrida la semana, parecióle ya descortés el diferir por más tiempo un deber de urbanidad, y después de acicalarse como un viejo solterón, fué a llamar a la puerta de los Duvernoy.

Cuando la criada anunció a Bertranda el nombre de su visita, asomó a los labios de la segunda una de esas sonrisas que iluminaban por momentos la impasibilidad de su semblante; aquel primo de quien su marido le había hablado tanto y al que le gustaban las mujeres bonitas debía ser en su concepto fácil de conquistar. Sentía en gran manera la necesidad de un aliado.

Aquella misma mañana, el terrible cofre de Mariana había transpuesto el umbral del desván, bajado la escalera con ruido siniestro, y a la sazón instalado en la cocina, se abría tremebundo como un ataúd. Mariana acababa de pedir su cuenta.

Durante el almuerzo, Lila, con los ojos preñados de lágrimas, se había negado a probar bocado, y su padre parecía consternado. Mariana, con esa coquetería de cocinera que quiere que la echen de menos, se había excedido en la confección de un timbal de macarrones. Duvernoy dijo saboreándolos:

- No tendremos otra como ella.

Bertranda contestó dulcemente:

- Lo siento mucho, Fernando; lo que es yo no he hecho la menor observación a Mariana, y por lo tanto no es mía la culpa. Desde que entré en la casa no hace más que buscar pretextos para marcharse.

Fernando repuso con un tono que disimulaba mal un reproche:

- Es en verdad muy sensible: hubiera preferido perder una buena cantidad de dinero a quedarme sin esa muchacha.

Sí, ya era tiempo de que Bertranda tuviera un aliado, porque en aquella casa, en medio de aquella familia y de aquella población que le eran hostiles, se iban apoderando de ella el desaliento y el enojo. Hasta había momentos en que sentía la partida de Carlota; la pobre joven habría salido en su defensa y luchado por ella; no hay nadie bastante fuerte para luchar solo.

El cielo le enviaba un campeón, pero era menester que este campeón estuviese bien convencido de la bondad de la causa que iba a defender. Era preciso conquistarlo y subyugarlo, para lo cual eran de temer dos escollos: una amabilidad excesiva o una dignidad demasiado austera. Era menester que adorara, pero hincado de rodillas. Santiago, sin gozar en la sociedad de Pontarlier de la gran preponderancia de la Sra. Fournerón o de las señoritas de Lezines, no dejaba de tener influencia. Primo hermano de Elena, si declaraba que la segunda esposa del pintor era digna de todo respeto, su opinión tendría fuerza de ley.

La acogida que Bertranda dispensó a Santiago fué una obra maestra de habilidad; una emperatriz de los antiguos tiempos al recibir a un gran vasallo no hubiera podido tener porte más imponente ni actitud más regia. Bertranda leyó desde luego su triunfo en la rápida sorpresa que Santiago no pudo disimular enteramente.

La mujer que le recibía con tan serena dignidad, pensaba éste último, con una gracia tan correcta, no podía tener ningún lazo de parentesco, por débil que

gajes, sin descubrir las estratagemas del enemigo, antes al contrario, revelando las de los aliados. Bertranda tenía una manera tan atractiva de escuchar que era preciso decirse todo.

- La quieren a usted muy poco, prima, le dijo; están furiosas porque no da usted ningún paso para disipar su malevolencia; se encolerizan; pero usted ha adoptado el mejor partido; quédese usted en su casa, que ellas vendrán; ya se ve, ¡se aburren tanto!

XX

Una mañana, la Sra. Fournerón, después de oír dos misas, de visitar tres familias pobres, de revolver cuatro tiendas, de arreglar seis armarios y de escribir siete cartas, se encontró con que no tenía que hacer, y cayó en un ensimismamiento melancólico: las noticias que había recogido en su excursión matinal le daban en qué pensar. De sus averiguaciones resultaba que los Duvernoy tenían proyectos.

En Pontarlier se dice tener proyectos de la intención de dar fiestas. Se habían llamado operarios, y el tendero de comestibles había recibido un importante pedido de cajas de bujías.

Pues si en el mundo había algo desagradable y penoso para la Sra. Fournerón, era estar en relaciones frías con personas que tienen proyectos. De ello resultó que su aversión a Bertranda recibiera un profundo ataque y que se suavizara su mal humor como una plaza que va a capitular.

Bien mirado, ¿qué tenían que decir de aquella mujer? Era joven, bella y discreta, y en su conducta no había nada merecedor de la más ligera crítica. Fernando la amaba: no se puede atribuir a crimen el amor de un marido. Verdad es que había despedido algo bruscamente a la simpáti-



Aquella misma mañana, el terrible cofre de Mariana había transpuesto el umbral...

fuera, con la condenada amante de Leodiceo, con la astuta mujer del viejo Martín, con la pícara, la hábil intrigante de Fernando Duvernoy. Conocía perfectamente a las bribonas lo propio que a las mujeres honradas, y tenía la convicción de que aquella era una mujer honrada, sumamente hermosa, distinguida, hasta imponente y digna de la mayor consideración y de todo respeto.

Cuando Bertranda quedó penetrada de esta primera victoria, marcó un punto y cambió de juego. Se presentó graciosa y sonriente, escuchó con atención a Santiago, le interrogó sobre sus gustos y sus ocupaciones, y manifestó especial interés por todos los menores detalles que él le quiso revelar sobre su género de vida. Pareció muy satisfecha de saber que le gustaba Niza, que le entusiasmaba París, que no detestaba a Pontarlier; que pasaba el verano en su casa y el invierno en el Mediodía, y oía sin pestañear los nombres de las fondas donde se hospedaba y de los restaurants donde almorzaba.

Bertranda escuchaba todos estos detalles, tan nimios é insignificantes, como si se le hablara del más importante secreto de Estado. De vez en cuando mezclaba en la conversación con mucha destreza algunos nombres ilustres, y preguntaba a Santiago si conocía a lord X... y si había tenido ocasión de tratar a su íntima amiga la princesa K.....off. A su vez le habló de sí misma contando con gracejo sus duros comienzos en Pontarlier, desde lo del cofre de Mariana, que se obstinaba en salir de la casa, hasta las señoritas de Lezines, empeñadas en no entrar en ella. Y esto sin acritud, con cierto tinte de burla, con el tono de indulgente superioridad de la mujer que está por encima de todas esas pequeñeces, con un ligero desdén por todos esos rigores de provincia, desdén que él debía comprender y sentir, toda vez que estaba acostumbrado a vivir en las grandes poblaciones, y que por su talento, su inteligencia y sus relaciones sociales era tan superior a aquel medio ambiente tan estrecho y limitado.

¿Cómo habría podido Santiago continuar fiel a la liga? ¿Cómo hubiera arrojado ante la amiga de la princesa K.....off y de lord X... el ridículo de que le trataran de provinciano? El antiguo jefe de la conspiración desertó vergonzosamente con armas y ba-

ca Carlota, pero era porque quería ocuparse por sí misma de la educación de Lila, motivo que también era laudable. ¿Cómo, pues, se había dejado extraviar la Sra. Fournerón, mujer de tan buen juicio, por aquel cabeza ligera de Felipe de Aubián? ¿Cómo no había comprendido que su papel debía ser, por el contrario, puramente maternal y acoger bien a la nueva sobrina, recibirla con los brazos abiertos, guiar sus pasos, ser su consejera, su apoyo, y puesto que tenía proyectos, acudir en su auxilio en las graves coyunturas? En fin, una vez reconocido el error, sería censurable persistir en la misma conducta. A Dios gracias, no era su espíritu tan mezquino como el de las Lezines; iría, pues, a ver a su querida sobrina Bertranda y le diría

La Sra. Duvernoy estaba en su tocador cuando la Sra. Fournerón entró sin hacerse anunciar. Al punto comprendió la primera con qué condiciones se le ofrecía la paz, y no hizo ningún ademán de sorpresa ante aquella intrusión matinal, ni siquiera asomó a sus labios la enigmática sonrisa con que había acogido a Santiago de Sommieres. Las condiciones serían duras: ponerse bajo tutela, y aceptar la dirección de la anciana y su familiaridad; sin embargo, no vaciló.

- Tía, le preguntó con su voz metálica; ¿tendría usted la bondad de darme algunos consejos para el arreglo de nuestro comedor?

- Con mucho gusto, contestó la Sra. Fournerón con semblante complacido.

Los Duvernoy tenían efectivamente proyectos, y la dichosa tía Fournerón fué la que compuso la lista de los platos de la comida, la de los convidados y las canastillas de flores y frutas.

Algo más laboriosa, pero también más importante, fué la conquista de las Lezines. Su casa fastidiosa, pero distinguida en alto grado, daba el tono a la mejor sociedad de Pontarlier, donde se decía: «Ser recibido en casa de las Lezines,» como se decía en otro tiempo: «Ser admitido en el arrabal de San Germán de París.» El saloncito de la Sra. Fournerón estaba abierto para todo el mundo; pero el gran salón de las Lezines sólo se entreabría para algunos. Tan-

to como la una se prodigaba en todas las ocasiones, mostrábanse reservadas y retiradas las otras. La deserción de sus dos aliados les inspiró una frase severa:

— A nosotras no se nos seduce con las pompas de Satanás.

Bertranda se daba por vencida á pesar de su habilidad: las dos solteras mesuradas, ceremoniosas, eran para ella adversarios más temibles que el bullicioso Santiago de Sommieres ó que la activa tía Fournéron. Comprendía que su triunfo no sería completo hasta el día en que Aglae consentiría en llamarla prima, el día en que aquella puerta tan rígidamente cerrada se abriera para ella de par en par.

No hay fortaleza que no se pueda tomar: la habilidad del sitiador consiste en descubrir el punto vulnerable por el que se pueda dar el asalto. Bertranda estudió y descubrió.

Las pompas de Satanás son de diferentes naturalezas: el demonio del orgullo tiene más de una manzana en su árbol. Aquellas mujeres á las que no tentaban los placeres mundanos, ni el lujo, ni la gastronomía, estaban devoradas por una de esas ambiciones que probablemente harán reír á los habitantes de las grandes ciudades, pero que comprenderán fácilmente cuantos han vivido en provincias.

Ser nombrada presidenta de una de esas sociedades benéficas que tanto se multiplican hoy, disfrutar de los honores adscritos á esta dignidad, conferenciar con el arzobispo durante sus visitas pastorales, tratar de igual á igual á los individuos del clero, ser un gran personaje, no atareado, movedido, inadvertido entre la multitud, sino majestuosamente arrelinado en su sillón como conviene á los grandes dignatarios, tal era la ambición que devoraba el corazón piadoso de Aglae de Lezines.

Sólo una asociación había entonces en Pontarlier, la Obra maternal de Santa Ana para asistir á las parturientes, y únicamente las viudas y las casadas podían ser elegidas presidentas de ella. La Sra. Fournéron acababa de obtener esta alta dignidad. Aglae de Lezines maldijo entonces esa doncellez de que hasta entonces se había mostrado tan justamente envanecida; y su deseo, exasperado por la imposibilidad de satisfacerlo, llegaba á la crisis aguda cuando Bertranda fué á vivir en Pontarlier.

Algunas burlas de Santiago de Sommieres, el aire triunfante de la Sra. Fournéron cuando enunciaba pomposamente su título de presidenta, y sobre todo la sonrisa forzada, envidiosa, amarga, que entonces contraía los delgados labios de Aglae, fueron para la Sra. Duvernoy una revelación, y al punto puso manos á la obra. Durante su permanencia en Roma había contraído algunas relaciones que podía utilizar y así lo hizo.

Se le enviaron los estatutos de las innumerables asociaciones fundadas en estos últimos tiempos. Tratabase de hacer una elección juiciosa; ante todo, nada de esas sociedades rutinarias que ocupándose de las necesidades del pobre, ostentan ante los ojos delicados del público sus miserias ó sus llagas. No era cuestión de abnegación. Había que dar con una asociación benéfica limpia, más fértil en reuniones y juntas que en resultados sociales: era preciso que consistiera sobre todo en conversaciones piadosas amenizadas con una taza de te, y que no hubiera en ellas nada que pudiera introducir el desorden ó la perturbación en el salón metódico de las Lezines. Era menester una asociación económica que no tuviera que ver con el dinero, porque las provincianas son más pródigas de su tiempo que de su bolsillo; una asociación, en fin, en que las solteras pudieran patrocinar sin sonrojarse, y en la que no se tratara de nacimiento, ni de matrimonio, ni de seducción, ni de niños abandonados.

Después de largas vacilaciones, Bertranda fijó su elección en la asociación benéfica de las cintas viejas. Esta asociación, eminentemente útil, tuvo el éxito más completo en Pontarlier, y tanto que todas las mujeres se inscribieron en ella satisfechas de tener un pretexto para salir de casa. Las reuniones eran semanales, y la suscripción se pagaba en especie: cuanto más sucias, ajadas y en desuso estaban las cintas, tanto más agradables eran á los ojos del Señor.

La sociedad tuvo su tesorera, su secretaria y su presidenta. Bertranda lo dirigía todo con su espíritu de intriga taimadamente disimulado; no quiso aceptar las distinciones honoríficas, é hizo que se las otorgaran á las dos hermanas, satisfechísimas. Aglae de Lezines fué nombrada presidenta y su hermana tesorera. Estas innovaciones hicieron mucho honor á Bertranda.

— La Sra. Duvernoy está verdaderamente animada de muy buenos sentimientos.

— Nuestra excelente prima Bertranda es un manantial de bendiciones para su familia.

Estas dos frases señalaron las dos etapas del triunfo de Bertranda. La plaza, hábilmente minada, empezaba á capitular.

Desde entonces, la Sra. Duvernoy ejerció en Pontarlier verdadera soberanía. Nada resistía á sus halagos: la Sra. Fournéron quedó definitivamente conquistada. Lolota, para granjearse el aprecio de la anciana señora, no había discurrido nada más maquiavélico que coger pacientemente los puntos que se le escapaban cuando hacía media; Bertranda solicitó de ella consejos y lecciones: quiso aprender á hacer calcetines, puntillas y calados, y se fingió torpe y poco inteligente para dejar toda la superioridad á su maestra. Dedicó más de un mes á tan fastidioso aprendizaje; pero transcurrido este mes, había conquistado definitivamente el alma y el corazón de la Sra. Fournéron.

El amor de Fernando á su mujer aumentaba en proporción de estas victorias; sus ojos de artista, fácilmente prendados del color y de la forma, no se cansaban de admirar aquel esbelto talle, aquellos cabellos de oro, aquellos ojos de brillantes miradas. Además, dado su carácter indolente, agradecía á Bertranda que apartara de su camino las dificultades, las preocupaciones y los disgustos. Aquellas alabanzas, que oía repetir á todo el mundo, influían en su ánimo, y para él era su mujer una criatura maravillosa, un tesoro que se creía indigno de poseer. Solamente una cosa perturbaba aquella felicidad, la frialdad que Lila atestiguaba á tan incomparable madrestra.

Más de una vez, en la intimidad de la familia, las miradas, el sonido de la voz, habían revelado una hostilidad latente; el velo de dulzura que encubría las relaciones de las dos mujeres era tan sólo aparente; Duvernoy lo comprendía, y no atreviéndose á profundizar el asunto, se sentía enojado con la niña: empezaba ya á resbalarse por la pendiente que conduce desde la debilidad á la injusticia y desde la injusticia á la crueldad. Su amor paternal menguaba por efecto de este malestar, y cuando su hija se separaba de él sentía un alivio que no pasaba inadvertido á la perspicacia de la niña.

La pobre Lila padecía horriblemente en medio de tamaña indiferencia. Cuantos la amaban se habían alejado de ella, dejándola en el abandono. Bertranda no tenía el alma demasiado generosa ni sobrado grande para concederle un poco de compasión; era de las que con dificultad perdonan, y seguía haciendo expiar á la jovencita las injustas protestas de la niña mimada. Sin embargo, había cumplido su palabra, no persiguiendo á la vencida; pero la persecución habría parecido á Lila menos penosa que el sudario de indiferencia que la rodeaba; nadie solicitaba sus caricias, nadie necesitaba su cariño. Demasiado adulada, demasiado adorada en su infancia, había adquirido esa exquisita sensibilidad que poseen los niños criados con ternura. Tantas contrariedades morales laceraban horriblemente su corazón, y se tornó tan melancólica como alegre había sido antes, tan concentrada y taciturna como expansiva en otro tiempo.

En medio de la monotonía de aquella vida de familia, ocurrió uno de esos incidentes pueriles cuyas consecuencias nadie puede prever.

La casa, mal acondicionada, como la mayoría de las casas de provincia, necesitaba algunas reformas. A la Sra. Duvernoy le distraían mucho estos cambios; con un lápiz y un álbum en la mano, seguida de su marido y de un arquitecto, iba, venía, indicaba mudanzas, arrastrando el borde de su peinador de seda por aquellas estancias de aspecto severo que tan silenciosamente recorría la grave Elena. De su destaralada casa de Bretaña, Bertranda había conservado el horror á esas espaciosas habitaciones construídas por generaciones más poderosas que parecían temer siempre que llegara á faltarles el aire y el espacio. Una cámara bien adornada, llena de alfombras, muebles y cortinajes, constituía para ella la habitación ideal. Había modificado ya el comedor, establecido un retrete en el salón, variado de sitio la escalera, reducido el vestíbulo, cuando llegó su turno á la alcoba.

— Aquí, dijo, tendremos que hacer muchas variaciones.

Era una de esas cámaras de otro tiempo, vastas, espaciosas, de techo elevado, de paredes irregulares, pero desprovistas de esos anejos que forman hoy parte integrante de la habitación cómoda. Muchos muebles, armarios esculpidos, cómodas incrustadas de adornos de cobre, servían para guardar vestidos, ropa blanca y esos cien efectos indispensables para una mujer. En un ángulo un tocador de estilo Luis XIV ostentaba la vajilla de porcelana de Sevres, mientras que en el ángulo opuesto había un reclinatorio de ébano al pie de un crucifijo de marfil. Ber-

tranda hacía resaltar desdeñosamente todos esos defectos, y luego, indicando las reformas necesarias, enumeraba sus deseos.

— Ante todo un tocador ancho, bien alumbrado; luego un ropero dividido en dos partes, una para los vestidos de calle y otra para los de casa. En fin, un oratorio; porque se reza mejor y con mayor recogimiento en un sitio especialmente consagrado á ello.

Volvióse á su marido sonriéndole plácidamente y añadió:

— Tú te encargarás de su adorno, ¿verdad, Fernando?

Por la primera vez desde su enlace, Fernando no le contestó. ¿Por qué acababa de surgir en su corazón la pobre difunta tan completamente olvidada? ¿Por qué sentía él una tristeza próxima al remordimiento? No habría sabido decirlo. ¿Era la palabra oratorio la que evocaba de pronto todos sus recuerdos? ¿A qué un oratorio para aquella mujer que tenía tan poco de devota, que aparte de la misa mayor, á la cual iba por el bien parecer, jamás rezaba? Se puede engañar á la gente, á la tía Fournéron, á las primas Lezines, pero no se engaña á un testigo de todos los momentos. Elena jamás había pensado que necesitaba un oratorio, y sin embargo mañana y noche se arrodillaba en el gran reclinatorio de ébano, y en su sencillez de cristiana rezaba en presencia de su marido. Parecióle que Elena estaba allí, que iba á levantarse de su reclinatorio y acercarse á él con su paso lento, con su mirada llena de súplicas tímidas y de ardorosas esperanzas. Súplicas, esperanzas, todo había sido en vano: había muerto sin que él le diera la inefable alegría de arrodillarse junto á ella.

Estaba tan embebecido en estos pensamientos que no echó de ver que le habían dejado solo. El arquitecto y Bertranda habían pasado á la habitación contigua, continuando la discusión. El primero decía:

— No hay duda de que aquí podríamos colocar el tocador y el oratorio, pero este es el cuarto de la señorita y...

El arquitecto no acabó la frase: Lila estaba allí de pie, tan pálida, tan desolada, que le movió á compasión. Bertranda contestó con voz meliflua, pero de tono autoritario:

— Mi hija política es muy razonable para oponerse á un cambio que las circunstancias imponen. Escogerá en la casa otra habitación que usted arreglará conforme á sus deseos.

El arquitecto se inclinó en ademán de asentimiento. ¿Qué le importaban aquellos ojos desolados fijos en los suyos? No era cosa de perder un encargo lucrativo por meterse en lo que no le importaba. Algunos años antes había obedecido órdenes precisamente contrarias; allí estaba en aquella ocasión una mujer que le decía con voz dulce:

— Mi buen arquitecto, hay que instalar aquí, cerca de mí, un nido agradable para mi hija.

Entonces obedeció como ahora iba á obedecer. La mujer que de aquel modo le hablaba había desaparecido de este mundo; la que la sustituía no quería á la niña. Si todo cambia en la vida, ¿por qué no se han de introducir cambios en las casas? Esto da dinero á los arquitectos. Aquél empezó con filosófica indiferencia y secundado por Bertranda á calcular las dimensiones del oratorio y á trazar los planos, cuando una voz irritada, á la que hacía vibrar el enojo peculiar de las personas débiles, le interrumpió.

— Querida Bertranda, decía aquella voz, trastorna de arriba abajo y á tu antojo toda la casa, pero el asilo de mi hija debe respetarse.

Sacado bruscamente de su ensimismamiento por las últimas palabras de Bertranda, Fernando, lo propio que el arquitecto, había tenido sus recuerdos, y sin reflexionar, cediendo á un sentimiento de protesta, cerró los ojos y se lanzó á impedir lo que aquella pretendía hacer.

— Mira eso, añadió designando con el dedo las ramas de lilas pintadas en el maderaje de la pared, este risueño cuartito lleva estampado su nombre; su pobre madre lo hizo adornar así para ella: es un recuerdo que te agradeceré dejes subsistente.

Animábase al hablar. Los hombres son así; habría pasado sin despegar los labios por cosas más funestas, pero no estaba dispuesto á permitir el alejamiento de su hija de aquella habitación que era suya. Lila miraba á su padre con sus grandes ojos, alegre al ver que seguía queriéndola: un apasionado agradecimiento surgía en su alma, reemplazando el cariño egoísta de niña mimada que hasta aquel día había sentido por él.

Bertranda se puso muy pálida; jamás le es grato á un soberano el persuadirse de que su imperio tiene sus límites, ni sufrir una derrota ante testigos hostiles; pero demasiado hábil para desdeñar el arte de las retiradas oportunas, contestó afablemente:

— Ignoraba ese conmovedor detalle; perdóname, Fernando.

Lila conservó su cuarto; pero desde aquel día creció la aversión que le tenía su madrastra.

Aquel arranque de energía fué el único que tuvo el pintor; y al día siguiente procuraba hacerlo olvidar con su sumisión.

XXI

Han transcurrido bastantes años. Lila Duvernoy es ya una hermosa joven de continente grave y ojos tristes. Muy aislada en la casa de su padre, cuyo imperio exclusivo pertenece á Bertranda, se presenta en todas partes con una reserva fría que le enajena las simpatías.

— La señorita Duvernoy es muy original, decían los amigos de la familia; ¡tan poco amable teniendo tal modelo á la vista! Demasiada paciencia tiene su madrastra en soportar á su lado una persona tan sosa.

La ingratitud de Lila y las virtudes de Bertranda eran uno de los temas favoritos de las hablillas de Pontarlier. Y lo cierto era que en aquella existencia común de todos los momentos nada había hecho unir á las dos mujeres. La tía Fournéron y las dos Lezines abrumaban á la pobre joven con sus sempiternas amonestaciones. Lila no contestaba á los vehementes reproches de ingratitud que le dirigía la señora Fournéron; pero un día, entre las frías reconvenciones de las primas, desbordóse su corazón. Lo que echaba en cara á su enemiga era ante todo y sobre todo el haberle arrebatado el cariño de su padre.

— Ya no me quiere, decía deshecha en lágrimas; se alza, se interpone entre él y yo, halagándole para desviarle de mí. Es hábil, mala y falsa; no quiere á nadie más que á sí misma, se burla de todos, y á mí me aborrece.

Aglae de Lezines, asustada por esta explosión de cólera, le contestó con voz severa:

— Tú eres la que la aborrece, y el odio conduce al crimen. La calumnias, hija mía.

Desde aquel día, nadie oyó á Lila quejarse. De cuando en cuando escribía á su aya, á aquella buena Lolota que no dejaba de adorarla. Las contestaciones de la plácida alemana eran prueba evidente de la longanimidad de su alma; á pesar de los años transcurridos seguía creyendo en su próximo regreso y en la bondad de su querida princesa.

Una sola persona de Pontarlier se ponía de parte de la huérfana; el anciano cura que había asistido á Elena en sus últimos momentos. Cuando la joven, arrodillada ante él, se acusaba de sentir odio, el sacerdote la reprendía; pero como este odio le inspiraba recelos por el alma de su hija de confesión, resolvió intervenir, por más que no fuera el director espiritual de Bertranda. Esta recibió al cura como si fuese un enviado del cielo; en ninguna circunstancia de su vida había desempeñado su papel con arte más consumado, y deploró la antipatía que le demostraba su hija política en frases impregnadas de la humildad más ejemplar.

— Yo tengo la culpa, señor cura, decía, por no haber sabido conquistar ese corazón rebelde. Dios me ha negado la dicha de ser madre, y si ella hubiera querido habría sido mi hija.

Al decir esto se pasó por los ojos secos su perfumado pañuelo y continuó con voz melosa:

— Aconséjeme usted, diríjame; ¿qué debo hacer?

El cura no contestó. La práctica del confesonario da á los sacerdotes una sagacidad que nada puede burlar. Las frases, las lágrimas, la docilidad, todo le pareció puro fingimiento; no había vibrado una sola palabra salida del corazón.

— Es una comediante, pensó; á pesar de su tono almibarado, tiene en el alma más acritud é ira que mi pobre Lila en todas sus violencias. Desgraciadamente no puedo hacer nada.

Pero á todo esto, ¿dónde estaba aquel protector dado por Elena moribunda á su hija, aquel oficial de marina que juró velar por la niña?

¡Ah! Los hielos del Norte lo habían envuelto en su frío sudario. Un año después de la boda de Fernando circuló una noticia siniestra: el *Intransigente* se había perdido, sin que nadie sobreviviera al desastre. Decíase que algunos balleneros habían encontrado en la costa el buque varado, pero no se sabía qué había sido de los marinos que lo tripulaban. Enviáronse algunos barcos en su busca, y volvieron sin haber obtenido resultado.

Lila recordaba con emoción aquel gallardo joven de alegre sonrisa; si viviera aún, correría á unirse á él en cualquier parte, lo mismo en las costas de África que en las regiones polares. Los rugidos de los tigres le parecerían más dulces que la voz metálica de su madrastra, y las montañas de hielo menos frías que los corazones que la rodeaban.

XXII

El banquero Leodiceo Martín (nadie decía ya el guapo Leodiceo) figuraba entre los capitalistas más ricos é influyentes de París. Los millones de Martín de Brest se habían duplicado, triplicado, cuadruplicado en sus hábiles manos, pues, como nadie ignora, el primer millón es el que cuesta. Aquella respetable fortuna, aquel continuo acrecentamiento de su dinero bastaban para llenar de intensa satisfacción el alma del banquero.

No se había vuelto á casar, porque ya no tenía necesidad de un dote: ¿para qué echarse la carga de una mujer que hubiera puesto trabas á su libertad y molestias á su egoísmo? Vivía solo, sin gustarle más que los placeres fáciles por creer que no hay nada que valga la pena de ser deseado, perseguido ó pagado á alto precio.

Pero como en este pícaro mundo no hay dicha duradera, el banquero Leodiceo Martín, á pesar de su suerte, sufrió un revés como cualquier otro mortal. Un día supo que acababa de perder dos millones en una jugada de Bolsa. Dos millones no son para matar á un hombre, ni para derrumbar una fortuna como la suya, pero sí para abrir brecha en ella, y al Sr. Martín no le gustaban las brechas; pues decía, y con razón, que el enemigo entra siempre por alguna.

A fuer de hombre avisado, inteligente, positivo, le gustaba remontarse de los efectos á las causas, y por ello se remontó de los dos millones perdidos á los falsos informes que le habían engañado: un proyecto de ley del cual le habían asegurado que sería desechado y que sin embargo fué aprobado.

Un informe falso era también un efecto cuya causa convenía averiguar; y de ello dedujo que se imponía una necesidad, hacerse nombrar legislador en el plazo más breve; entonces bebería en buenas fuentes y podría consultar á los ministros cuando quisiera. Un capitalista que no es diputado significa poca cosa; un diputado no capitalista significa menos aún; pero cuando se es lo uno y lo otro se tiene una situación envidiable con la que deben contar los poderosos del día.

Aquel hombre positivo se forjó sueños dorados. Hoy todas las ambiciones son permitidas y hasta legítimas. Ya no hay Luis XIV para condenar á encierro perpetuo á las imprudentes ardillas que se atreven á decir: «¿Adónde no subiré?» Sí, podía realizar todas sus ambiciones, y entonces no más noticias engañosas, no más millones perdidos ni efectos cuyas causas tuviera que lamentar.

Sentado este punto, Martín buscó un colegio electoral. No estaba afiliado á ningún partido ni á ninguna opinión, y como en la plaza de París había sobrados competidores, sondeó las provincias.

Estaba practicando reconocimientos en el Norte, en el Mediodía, en el Este y en el Oeste, asustado por las competencias y por los crecidos gastos que irroga una candidatura, viendo que los tiempos son muy duros para los pobres banqueros millonarios en busca de un acta y preguntándose si la cosa valía la pena y si no sería preferible correr el riesgo de sufrir algunas brechas ó de recibir algunos falsos informes, cuando uno de sus agentes le propuso una combinación que le pareció bien.

Aquel agente había descubierto en las montañas del Doubs, cerca de la frontera suiza, una fábrica abandonada por sus dueños, que habían transportado su industria al otro lado de los montes. La fábrica, sus dependencias, las casitas de los obreros, casi toda una aldea estaba á la venta; se compraría todo y se establecería allí un destilería de ajeno. Hay que ser filántropo y proveer de veneno al que desea envenenarse; no hay industrias más prósperas que las industrias nocivas; de este modo se adquiriría en el país una popularidad bien merecida.

Precisamente iba á quedar vacante en el distrito un puesto de diputado, y sin duda los pueblos agradecidos enviarían al Cuerpo legislativo á su bienhechor. Mientras tanto subirían las acciones de la destilería, los beneficios cubrirían los gastos de la elección, y se haría á la vez el negocio propio y el del país.

El Sr. Martín aceptó este programa y partió á Pontarlier; quería examinar la cosa más de cerca antes de tomar una resolución definitiva.

Por entonces era cuando Bertranda sentía ese aburrimiento que causa el limitado trato social. Ya no tenía enemigos que vencer ni conquistas que hacer: las hermanas Lezines, la Sra. Fournéron, Santiago de Sommieres, el presidente del tribunal, el capitán de gendarmes, todo Pontarlier, en una palabra, quedaba unido á su victorioso carro. Lila, domada, la seguía sin resistencia aparente.

Bertranda no podía pedir más en verdad, y sin embargo se aburría. Envidiaba á Aglae de Lezines,

tan sumamente satisfecha con su presidencia de las cintas viejas y tan agradablemente ocupada en transformarlas en acericos destinados á una tómbola: esta tómbola que se organizaba anualmente en el gran salón de las Lezines, daba ocupación para todo un año á las dos solteronas. Envidiaba también á la señora Fournéron con sus sempiternas negociaciones de matrimonio; á la sazón la buena señora se ocupaba de Lila, y apenas se pasaba un mes sin que la hiciera algunas proposiciones; Bertranda se había constituido en su aliada, pero Duvernoy resistía y se negaba.

— Es demasiado pronto, decía; apenas tiene diez y ocho años, y además me parece que ninguno de esos pretendientes ofrece bastantes garantías.

La Sra. Fournéron meneaba la cabeza.

— Me parece, Fernando, decía, que tu hija no es tan fácil de casar como yo me había figurado. Todos saben cuán ingrata se muestra para con su incomparable madre política, y no puedes sospechar lo que perjudica á una joven el tener mal carácter.

Y en seguida se marchaba para hacer otras pesquisas.

Bertranda envidiaba también al presidente del tribunal, el Sr. Bertin, muy ocupado en hacer estudios de historia local. Envidiaba á la esposa de este magistrado, siempre afanada en los quehaceres domésticos y en preparar dulces en almíbar. Envidiaba á Santiago de Sommieres y sus fáciles placeres. Hasta envidiaba á Eulalia de Lezines, cuyo amor triste y resignado no era ya un secreto para nadie. En una palabra, envidiaba á todos aquellos que aman algo ó á alguien.

Cierta noche en su salón, el capitán de gendarmes que cantaba agradablemente algunas cancioncitas, entonó algo plañideramente mirando á Bertranda una romanza añeja y sentimental.

«He dejado caer mi corazón en la playa.»

También ella había dejado caer su corazón en la playa y las olas del mar se lo llevaron. Desde aquella remota hora, no había amado á nadie, ni siquiera al pobre Fernando, á quien no amaba es muy difícil que ocupe en algo su existencia, y Bertranda lo iba sabiendo por experiencia. A pesar de las comidas mensuales que daba, de las veladas semanales, de sus recepciones grandes ó pequeñas, se aburría en Pontarlier.

Salir de aquella ciudad y trasladar más lejos sus penates, no dejaba de tener sus dificultades y obstáculos. Duvernoy se hacía cada vez más esclavo de sus costumbres; seguían subsistiendo las graves razones que habían obligado á su segunda esposa á establecer su domicilio en la pequeña ciudad: todos los años veía Bertranda cómo aumentaba el número de acciones y valores que guardaba en su cartera y cuya mitad le pertenecía legítimamente, pero esto no constituía todavía una fortuna: finalmente, había otra consideración de suma importancia, ¿qué otra población podía escoger para vivir? ¿Una gran ciudad de provincia, Bezançon por ejemplo? Los oficiales de artillería que todos los años iban á Pontarlier para hacer ejercicios de tiro pintaban con los más sombríos colores la monótona vida de aquella ciudad. Por lo que respecta á París, ni pensarlo.

En esto, la vacante de un diputado en el distrito despertó en su corazón súbitas esperanzas. Conseguir de Fernando que se presentara candidato, poner en juego todas sus influencias para asegurar su elección, ¿quién sabe?. ¿Quién sabe á qué altura puede llegar el marido de una mujer de ojos garzos y cabellera rojiza?

Modificó su salón, que se convirtió en un salón político muy grave. El capitán de gendarmes no cantó ya sus coplas; el presidente del tribunal, de quien se sospechaba que estaba afiliado al régimen caído, fué recibido en él más fríamente. En cambio, el subprefecto M. Metroz, celoso republicano, obtuvo la más cariñosa acogida, y á él fué á quien primeramente insinuó Bertranda sus proyectos, queriendo allanar el camino á su marido antes de hablarle de ellos.

M. Metroz respondió con prudencia y circunspección; manifestóse precavido en algunos puntos y disgustado en otros, pues parecía que la Asociación de las cintas viejas, dirigida por las Lezines, no dejaba de preocupar al gobierno; se sabía que éstas recibían con predilección las cintas blancas enviadas por la Sra. Bertin, y que en cambio habían recibido con marcado desdén una remesa de cintas encarnadas hecha por la Sra. Ribaudet, esposa del notario; temíase en fin que se urdiera una conspiración monárquica oculta bajo el velo de las cintas viejas.

(Continuará)



LAS DOS LÁMPARAS

Convertir la noche en día; rasgar las sombras con unos cuantos destellos de luz; fabricar, imitando á la Naturaleza, un pequeño sol, fué uno de los primeros problemas que el hombre debió plantear.

Debió plantearlo y empeñarse en resolverlo desde que dejó de ser animal salvaje para convertirse en sér que piensa, siquiera pensase vaga y torpemente.

¿Cuál fué la primera chispa de luz que iluminó una caverna convirtiéndola de antro de tinieblas en palacio maravilloso con un sol en miniatura?

No es fácil contestar á esta pregunta; pero alguna noche hubo de ser la primera, y desde que empezó á tener luz, la serie de teas, lámparas de grasa, lámparas de metal, velas de sebo, velas perfumadas, invenciones é invenciones sin fin para engendrar focos luminosos más ó menos intensos, ha sido serie no interrumpida; serie que casi constituye una línea de luz á través de todas las civilizaciones; ya obscuriéndose con unas, ya abriantándose con otras, humosa y mal oliente, ó clara y perfumada. Y así ha llegado hasta nuestros días y termina con dos lámparas admirables: la lámpara de *arco voltaico* y la lámpara de *incandescencia*.

Sobre ambas lámparas hemos de dar algunas explicaciones elementales en este artículo.

Todo hombre que presencia un fenómeno desea conocer la explicación de este fenómeno.

Pero explicar un fenómeno no es penetrar en su esencia; porque en la esencia de las cosas ¿á quién le es dado penetrar?

Como todo fenómeno es un hecho más ó menos complejo, buscar su explicación vale tanto como reducir la complejidad del fenómeno á otros fenómenos ó hechos que nos sean familiares. Y no es otra cosa.

Una bujía, una lámpara cualquiera, de petróleo ó de aceite; una hoguera, una tea, ¿por qué arden, por qué alumbran?

El hecho parece sencillo, y sin embargo, no se reduce fácilmente á otros hechos vulgares.

Para darnos cuenta de él, es preciso recordar que en todos estos cuerpos que alumbran, en todos los combustibles comunes, en todos los aceites y en todas las grasas, existe el *carbono*. Es preciso recordar que en el aire existe el *oxígeno*. Es necesario saber, que el hecho de quemarse aquellas substancias supone el choque de millones y millones de átomos de oxígeno contra millones y millones de átomos de

carbono. Es forzoso saber aún, que estos choques achimicroscópicos engendran vibraciones; que estas vibraciones se extienden por el éter como la ola se extiende por las llanuras del mar, y que precisamente estas vibraciones etéreas son las que constituyen la luz y las que engendran en nosotros esa sensación especialísima y maravillosa que expresamos con esta palabra: *ver*.

De suerte que los hechos simples á que se reduce el hecho complejo de una luz que alumbrá, son estos dos: *un choque; una vibración* que se extiende.

No hemos visto nunca un átomo aislado de carbono chocando con un átomo aislado de oxígeno; pero hemos visto otros choques de cuerpos de mayor tamaño.

No hemos visto el oleaje del éter en sí mismo; pero hemos visto el oleaje de los mares.

La explicación del fenómeno es, á no dudarlo, hipotética; pero reduce — siquiera sea hipotéticamente y por analogía — el fenómeno misterioso de la luz á fenómenos vulgares y conocidos: choques y ondas.

Todo esto, respecto al antiguo sistema de alumbrado; y en el fondo la explicación es la misma para las dos lámparas más perfectas que existen: para la

lámpara de arco voltaico y para la lámpara de incandescencia.

Siempre hay que provocar la vibración del carbono; sólo que antes se provocaba por una acción química y ahora se provoca por una corriente eléctrica.

Y una vez puesto el carbono en vibración, la luz se engendra en las lámparas modernas como en las lámparas antiguas: comunicándose estas vibraciones al éter que rodea á una y otra lámpara y llegando la onda vibrante á nuestros ojos y despertando en ellos la visión luminosa.

Pero entre ambas lámparas existen diferencias radicales.

En la lámpara de arco voltaico la corriente eléctrica tiene que saltar de un carbón á otro (véase el grabado), y arranca de ambos carbonos partículas de carbono y con ellas forma una atmósfera que se ex-

tiende de uno á otro polo: esta atmósfera es la que vibra y la que produce la ola luminosa.

Y como esto se verifica al aire libre, el carbón se quema, se consume y se gasta.

En la lámpara de incandescencia, el hilo de carbono es continuo (véanse los grabados que representan dos modelos de estas lámparas): la electricidad no salta, circula, sin que nunca le falte camino por donde deslizarse. Y como el hilo de carbono está en el vacío que encierra la bombilla, el carbono ni se quema ni se consume; ó si algo se consume, consúmese con gran lentitud.

Séame permitido ahora presentar dos imágenes que dan idea perfecta, á mi entender, de lo que son una y otra lámpara.

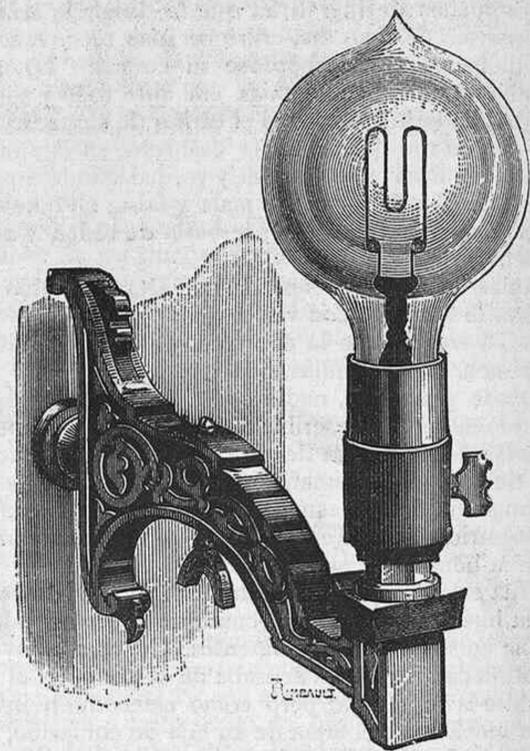
Imaginemos en el seno de una montaña un torrente que marchando por rápido cauce se encuentra de pronto con una cortadura ó tajo. Pues la masa líquida saltará en forma de lámina, golpeará contra el fondo, lo irá deshaciendo y desgastando; levantará borbotones de espuma y será espléndida catarata.

Pues esto es el arco voltaico: una corriente eléctrica que de pronto se convierte en catarata eléctrica; y salta de un polo á otro polo, que es como despenarse de la cuesta hasta el fondo; y deshace el cauce, que es como reducir á polvo el carbono; y llena el espacio de espumas luminosas.

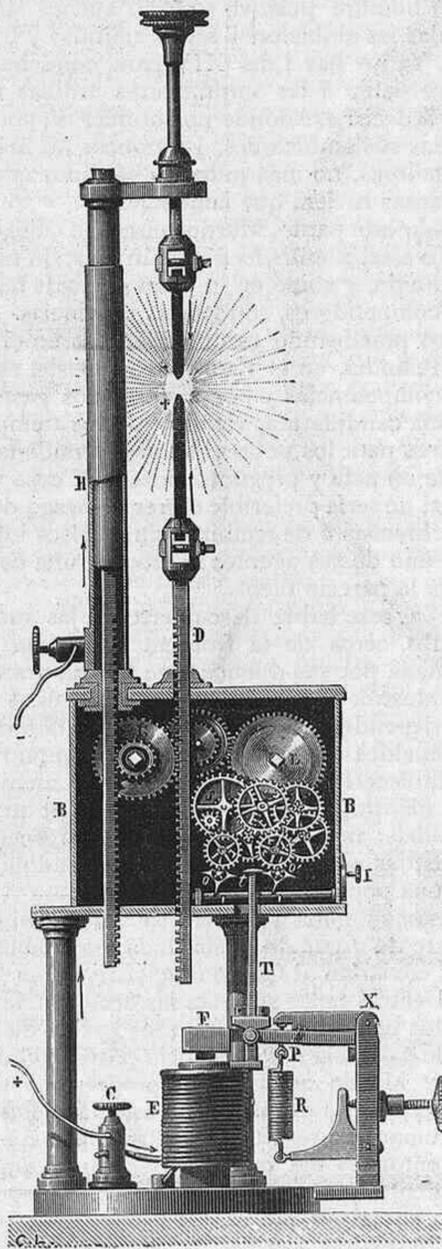
Análogamente podemos representar la lámpara de incandescencia por una corriente líquida que se precipita á lo largo de un cauce muy pendiente, pero siempre continuo. No hay interrupción, no hay salto, no hay tajo. El lecho nunca falta: el lecho es el hilo de carbono, y por él camina la corriente eléctrica.

Mas supongamos que la corriente líquida de nuestro ejemplo encuentra su cauce lleno de arenas, grava y piedrecillas de pequeño tamaño. Pues al chocar contra ellas también se llenará de espumas, y sus espumas irán señalando su marcha.

Así en la lámpara de incandescencia la corriente



Lámpara de incandescencia Maxim



Lámpara de arco voltaico con regulador Foucault

lámpara de arco voltaico y para la lámpara de incandescencia.

Siempre hay que provocar la vibración del carbono; sólo que antes se provocaba por una acción química

tiende de uno á otro polo: esta atmósfera es la que vibra y la que produce la ola luminosa.

Y como esto se verifica al aire libre, el carbón se quema, se consume y se gasta.

En la lámpara de incandescencia, el hilo de carbono es continuo (véanse los grabados que representan dos modelos de estas lámparas): la electricidad no salta, circula, sin que nunca le falte camino por donde deslizarse. Y como el hilo de carbono está en el vacío que encierra la bombilla, el carbono ni se quema ni se consume; ó si algo se consume, consúmese con gran lentitud.

Séame permitido ahora presentar dos imágenes que dan idea perfecta, á mi entender, de lo que son una y otra lámpara.

Imaginemos en el seno de una montaña un torrente que marchando por rápido cauce se encuentra de pronto con una cortadura ó tajo. Pues la masa líquida saltará en forma de lámina, golpeará contra el fondo, lo irá deshaciendo y desgastando; levantará borbotones de espuma y será espléndida catarata.

Pues esto es el arco voltaico: una corriente eléctrica que de pronto se convierte en catarata eléctrica; y salta de un polo á otro polo, que es como despenarse de la cuesta hasta el fondo; y deshace el cauce, que es como reducir á polvo el carbono; y llena el espacio de espumas luminosas.

Análogamente podemos representar la lámpara de incandescencia por una corriente líquida que se precipita á lo largo de un cauce muy pendiente, pero siempre continuo. No hay interrupción, no hay salto, no hay tajo. El lecho nunca falta: el lecho es el hilo de carbono, y por él camina la corriente eléctrica.

Mas supongamos que la corriente líquida de nuestro ejemplo encuentra su cauce lleno de arenas, grava y piedrecillas de pequeño tamaño. Pues al chocar contra ellas también se llenará de espumas, y sus espumas irán señalando su marcha.

Así en la lámpara de incandescencia la corriente

eléctrica va chocando, por decir de este modo, contra los átomos de carbono, que son las piedrecillas de su cauce. Y el carbono vibra, y bien podemos decir que la corriente se corona de espumas luminosas.

*
**

Aunque estas explicaciones no sean en el fondo más que representaciones simbólicas del fenómeno, su importancia tienen; porque, como decía Newton al establecer el principio de la atracción universal: «ó los cuerpos se atraen ó las cosas pasan como si se atrajesen.»

Pues en estos fenómenos de la luz y de la electricidad, «ó las explicaciones que dan los físicos son buenas ó los fenómenos se realizan como si lo fuesen.»

JOSÉ ECHEGARAY

TORPEDEROS ELÉCTRICOS

Trátase de llevar á cabo la sustitución de las calderas y motores de vapor de los torpederos por acumuladores y motores eléctricos, haciendo valer en favor de esta sustitución la supresión casi completa del ruido, la de la chimenea, la del humo, del vapor y de las llamas durante la noche, circunstancias é inconvenientes que hacen más fáciles las sorpresas en una noche oscura. No cabe duda de que los acumuladores aumentarán el peso del sistema motor y reducirán considerablemente el campo de acción del torpedero, pero en muchos casos las ventajas prácticas podrán compensar estos inconvenientes. Tomando como ejemplo un torpedero de 44 metros de largo y de 110 toneladas de desplazamiento, se podrían substituir sus máquinas de 1.530 caballos y sus dos calderas Hornycroft, que pesan respectiva-

mente 30 y 27 toneladas, con cuatro motores eléctricos de 400 caballos cada uno y de 3,2 toneladas de peso, dando 1.500 revoluciones por minuto y accionando muchas hélices en cada árbol. Estos cuatro motores, que pesan 13 toneladas, dejarían disponibles 84 para los acumuladores; los conductores y el combinador. Semejante batería permitiría recorrer unas 220 millas marinas en una hora, ó sea una velocidad de 40 kilómetros por hora. Si se quisiera reducir la velocidad á 18 kilómetros por hora, la energía almacenada en los acumuladores permitiría recorrer un trayecto de 180 kilómetros.

Estas cifras son cortas comparadas con las de los torpederos ordinarios de vapor; pero la invisibilidad de los torpederos eléctricos y el hecho de que el timonel pueda gobernar al punto el barco, deben tenerse en cuenta para no desechar la proposición.
(De La Nature.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPETE
ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA PHARMACIE DELABARRE DEL DR. DELABARRE



MEDALLA + DIPLOMA
 DE FABRICA
HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Elegir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
 I — CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
 II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
 CH. FAVROT y C^o, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL
 Es el más enérgico de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la
SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

EL APIOL de los DRES JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

EL APIOL de los DRES JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LA NUEVA ESCAFANDRA

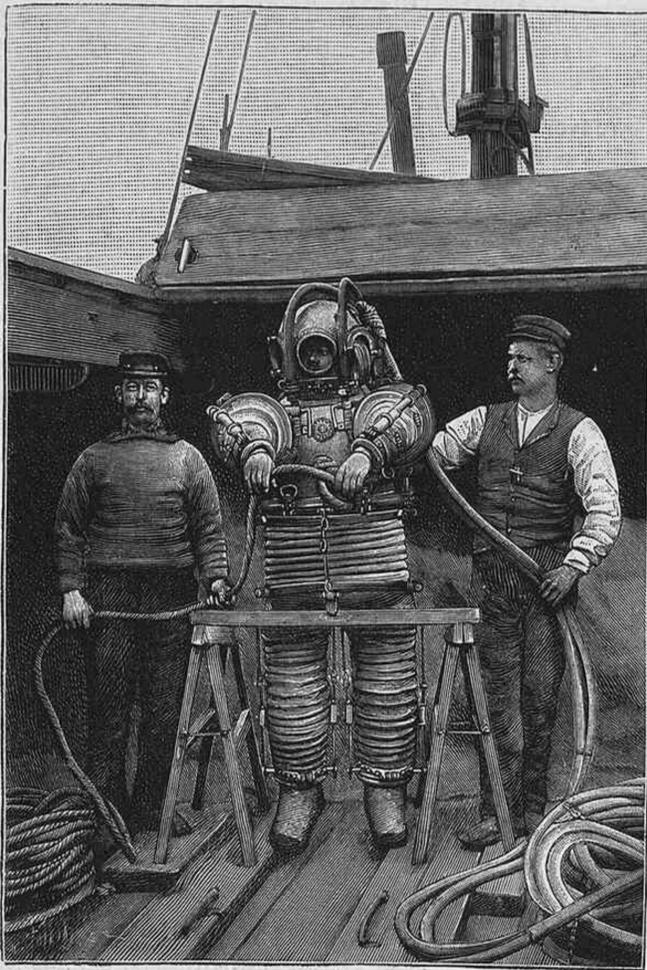
BOUCHANAN-GORDON

La escafandra en su forma actual presta tan excelentes servicios que generalmente nadie se pregunta si cabe perfeccionarla; y sin embargo, los diversos tipos que actualmente de ella se utilizan, aparatos Delange y Ernoux, Cabirol, Denayrouse y otros, presentan ciertos defectos comunes que en realidad no carecen de importancia. El traje de caucho que se viste el buzo no es rígido, lo cual constituye una ventaja para éste, puesto que le permite la mayor libertad de movimientos, pero en cambio tiene el inconveniente de que el que lo lleva está sometido directamente a la presión que lo rodea y que le daña de una manera muy sensible. Como consecuencia de ello se hace preciso enviarle el aire a una presión enorme también cuando desciende a una gran profundidad. Además el modo como el casco descansa sobre sus hombros le fatiga muchísimo; pero como el traje es poco resistente, no hay otro medio de unir aquél con el conjunto de éste y los zapatos de suela de plomo. Por último, las piernas del buzo están a menudo sometidas a una tracción penosa, porque las pesadas suelas le mantienen sobre el suelo submarino mientras el aire introducido en la escafandra tiende a hacerlo subir a la superficie.

Dos ingenieros australianos, los Sres. W. y A. Gordon, han inventado recientemente un aparato de un tipo enteramente nuevo que se denomina escafandra Bouchanan-Gordon y que, según parece, ha sido adoptado en muchas pesquerías de Australia.

Como puede observarse a primera vista en el adjunto grabado, el aparato es muy diferente de los que estamos acostumbrados a ver, y el fin perseguido por los inventores ha sido hacer de él una especie de caparazón muy sólido, no solamente en la parte que resguarda la cabeza, sino que también en todo su conjunto, puesto que está destinado a hacer exploraciones a una profundidad hasta de 55 metros. El buzo, metido en esa concha flexible, está en gran parte al abrigo de la presión y puede respirar aire casi normal conservando su libertad de movimientos.

Una verdadera coraza metálica de cobre macizo que cubre hasta la cintura y pesa, por sí sola, 127 kilogramos, va unida a un pantalón de un aspecto especial terminado por abajo en unos zapatos de plomo: este pantalón, lo mismo que las mangas, está formado por una serie de muelles en espiral de metal delta cubiertos de una tela resistente é impermeable. Gracias a esta combinación se



LA NUEVA ESCAFANDRA BOUCHANAN-GORDON

consigue a la vez una solidez casi absolutamente metálica y una gran facilidad de flexión. En suma, las perneras y las mangas tienen mucho parecido con tubos metálicos articulados de los que se fabrican ordinariamente.

El pantalón está reforzado además por una serie de anillos que se cierran con tuercas y que rodean uno la cintura, otro la pelvis y los demás los tobillos y los brazos. Gracias a un conjunto de disposiciones muy ingeniosas este traje puede ajustarse al talle de los buzos y la especie de tirantes articulados que hay a cada lado de las piernas impiden que el buzo sea sometido a penosas tracciones producidas por el peso de sus enormes zapatos.

Vamos a indicar ahora la manera especial de asegurar el escape del aire fuera de la escafandra. Los señores Gordon se dijeron que cuando la válvula de escape está en la misma pared de la escafandra es preciso, para que el aire pueda vencer la resistencia que le opone el agua, que se envíe al buzo con una presión mayor que la que representa la columna de agua debajo de la cual trabaja el buzo. Y como precisamente para evitar este inconveniente habían inventado su traje casi metálico, han fijado dicha válvula, que está sin embargo bajo la inspección del buzo, en un tubo flotante cuya abertura superior hállese sumergida a la profundidad que se desea debajo de la superficie del agua. De esto modo se reduce a voluntad la columna de agua con la cual debe el aire equilibrarse, y por consiguiente se regula la presión que se quiere que tenga el aire que se proporciona al buzo. Todas las operaciones se hacen con tanta mayor seguridad cuanto que el buzo tiene a su disposición un teléfono de un nuevo sistema inventado por la casa Siebe Gorman.

El adjunto grabado es copia de una fotografía tomada a bordo del yate de vapor *Aerolite*, alquilado para las pruebas que se verificaron en el lecho del Clyde y que realizó Mr. W. R. Walker, jefe de buzos de la casa Siebe Gorman, quien, después de haberse familiarizado con el aparato y con su modo de funcionar, llevó a cabo una primera inmersión a una profundidad de 56'70 metros, permaneciendo sumergido por espacio de cincuenta minutos: al volver a la superficie Mr. Walker estaba completamente bien y en disposición de volver a sumergirse. La segunda prueba tuvo lugar delante de un gran número de especialistas y casi a igual profundidad que la primera: durante cuarenta minutos el buzo recorrió el fondo del agua y volvió a subir llevando un gran peso que le habían bajado. Después se puso la escafandra un buzo novel, el cual la primera vez descendió a 18 metros, la segunda a 27 y la tercera a 35. — PEDRO DE MERIEL.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
*Acreditad de la Sangre, Herpetismo,
Acne y Dermatitis.*
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO

Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion, ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HONOLLE
CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ia} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PANCREATINA DEFRESNE
Adaptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afeciones del estómago y facilita siempre la digestión.
En todas las buenas Farmacias de España.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis; tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
y toda afecion Espasmódica de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afeciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
Exigase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afeciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECOHO y de los INTESTINOS.